
DARK ROMANCE
EL
CONFESOR
Poder, pecado, obsesión
y una historia de deseo prohibido
Dione Duvary

DARK ROMANCE

EL CONFESOR

Poder, pecado, obsesión y una historia de deseo prohibido

Dione Duvary

Contenido

1. Fuga y Encuentro
2. El Confesor Falso
3. Confesiones y Placer
4. La Hija del Alcalde
5. El Chantaje
6. El Pecado de la Carne
7. Secretos Reveladores
8. El poder robado
9. La Amenaza
10. Prisión Invisible
11. El Juego de Poder
12. La Resistencia de Sofía
13. El Día del Juicio
14. Juego de Máscaras
15. Ideas de Traición
16. Todo se desmorona
17. Aliados inesperados
Epílogo. El Nuevo Confesionario

1. Fuga y Encuentro

El caos se desató en el pabellón seis cuando el sol comenzaba a esconderse tras las alambradas. Los gritos de los guardias se mezclaban con el golpeteo metálico de las cuchillas contra los barrotes.

A bien no podría decir que sucedió aquel día, si fue un milagro divino o si una fuerza infernal se desato en aquella prisión, lo único importante es que yo, Marco Ceguera, llevaba quince años observando, aprendiendo y… esperando ese momento.

Mi condena de setenta años por dos puñaladas en medio de una borrachera parecía una sentencia de muerte lenta, pero esa noche la muerte rondaba otros pasillos.

–¡Fuera de aqui! –gritó uno de los guardias mientras disparaba al techo y abría las celdas con desesperación y sin pensar en las consecuencias de aquel acto.

La empatía suele presentarse como algo bueno y positivo, pero sus resultados casi siempre en todos los contextos benefician a aquellos que no deberían tener ninguna consideración.

El humo de los colchones incendiados no tardo en llenar los corredores. Mi celda estaba en el extremo, lejos del área principal del motín, lo que me daba una ventaja.

Sali con cautela, mientras la atención de los guardias estaba en otra parte. Algunos reos, presas de la adrenalina se lanzaban hacia la contienda, pero yo tenía un plan.

El pasillo estaba desierto cuando salí. La sangre manchaba las paredes de color mostaza y el olor a quemado me recordaba a mi infancia en la frontera.

Avancé pegado a las sombras, evitando los focos de luz que parpadeaban como estrellas moribundas. Dos guardias yacían en el suelo, uno con el cuello abierto y el otro con los ojos vidriosos mirando el techo.

No me detuve a verificar si aún respiraban. La compasión era un lujo que no me podía permitir, tome las llaves y la tarjeta de seguridad de uno de ellos.

La puerta trasera de la cocina estaba entreabierta. Alguien más había tenido la misma idea. Crucé sin hacer sonido y me encontré en el patio de servicio.

La alarma sonaba con una insistencia que me taladraba los oídos, mire las torres, para mi fortuna, la fuerza antimotines había sido rebazada y los francotiradores habían corrido a la refriega.

No me confíe a mi buena suerte, corrí tan rápido como pude hacia la cerca perimetral, donde otros tres presos intentaban treparla.

Uno cayó atravesado por las alambres de espino, con un grito ahogado que se perdió en el estruendo.

–¡Esperen! –Grité, pero no me escucharon.

Abrí la reja con las llaves y la tarjeta de seguridad de la cerradura electrónica, funcionó, pero activó una segunda alarma.

Salí apresuradamente, los otros dos me siguieron sin pensarlo y desaparecieron en la oscuridad del campo.

Yo no seguí su camino. Sabía que los perros rastreadores y los helicópteros con refuerzos no tardarían en llegar, ir a campo traviesa era muy arriesgado.

En lugar de eso, me dirigí hacia la carretera, a unos quinientos metros de distancia.

Mis pulmones ardían, pero el miedo me mantenía en movimiento.

Una camioneta pick-up pasó con las luces apagadas, probablemente algún guardia.

Me agaché entre la hierba alta hasta que el motor se alejó.

Caminé durante horas, el frío de la noche comenzaba a calar mis huesos cuando vi las luces de una gasolinera a lo lejos.

Tarde casi una hora en llegar ahi, manteniéndome alejado de la carretera principal.

Llegué agotado, con los pies sangrando por los zapatos de prisión que aún usaba. La gasolinera era de autoservicio estaba vacía, a excepción de un coche viejo estacionado frente a la tienda.

Entre al baño, gemidos de placer inundaban el lugar, probablemente el velador con alguna prostituta.

Unos pantalones vaqueros manchados de grasa y una camiseta a cuadros, yacían en el suelo, las jale lentamente y sali con ellos, entre al baño de mujeres, no había mucho tiempo.

La ropa olía a sudor, pero era mejor que el uniforme naranja.

Me lavé rápidamente la cara y el cuello, observando mi reflejo en el espejo roto.

Quince años habían marcado mi semblante, pero mis ojos seguían siendo los mismos: oscuros, vacíos, listos para lo que viniera.

Fue entonces cuando lo vi. Un hombre vestido de sacerdote llenaba el tanque de su coche. Tenía alrededor de sesenta años, con el pelo plateado y una expresión amable.

Se movía con lentitud, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Mi mente comenzó a trabajar, conectando piezas que no sabía que existían.

Salí del baño y me acerqué a la bomba de gasolina.

–¿Necesita ayuda, padre? –pregunté con una voz que no había usado en quince años.

El sacerdote se giró, sobresaltado.

–Ah, gracias hijo, pero ya casi termino.

Una breve conversación basto para convencerlo de que me permitiera acompañarlo.

–¿Vas lejos? –Preguntó

–Hacia el norte, padre. ¿Y usted?

–Voy a un pueblo llamado Santa María de la Sangre de Cristo. Me han llamado para reemplazar al sacerdote que murió el mes pasado.

Santa María de la Sangre. El nombre sonaba como una broma del universo.

–¿Es muy lejos, padre?

–Unas tres horas más. Es un lugar pequeño, perdido en el sierra. La gente necesita guía espiritual.

Mientras hablábamos, mis ojos escaneaban el coche. Era viejo, con maletas en el asiento trasero. Documentos eclesiásticos sobre el asiento del copiloto. El plan se formaba en mi cabeza con una precisión aterradora.

–Permítame ayudarle con eso, padre –dije mientras tomaba la manguera.

El sacerdote sonrió, agradecido. Ese fue su error. Cuando se giró, seguí su movimiento ejecuté la maniobra, rápida, precisa, una muerte piadosa, sin dolor. El hombre se desplomó con el cuello roto sin emitir sonido, aunque con los ojos abiertos y sorprendidos.

Eche el cuerpo en el asiento trasero, me desharía de el en un barranco un par de kilómetros después. Me quité la ropa sucia y me vestí con su sotana. Los documentos en el coche confirmaban su identidad:

"Presbítero Ignacio Martínez Gómez, destinado a la Parroquia de Santa María de la Sangre de Cristo".

El sol comenzaba a salir, En el retrovisor, mi reflejo sonreía.

2. El Confesor Falso

Hiba por donde me guiaba el mapa que traía el Sacerdote, aunque dudaba mucho que fuera el camino correcto, el coche viejo traqueteaba por la terracería que serpenteaba hacia la sierra. Cada bache me recordaba que estaba huyendo.

La sotana se sentía extraña sobre mi piel, una armadura de mentiras que me protegía del mundo. Santa María de la Sangre apareció entre la niebla como un sueño febril, un conjunto de casas bajas con techos de teja rodeadas de montañas que parecían observarlo todo.

La iglesia se erguía en el centro, con su campanario de piedra carcomida por el tiempo. Aparqué frente a ella y me dispuse a interpretar mi papel. Las llaves del Padre Ignacio abrieron la puerta de madera pesada que olía a cera vieja y a desesperación.

El interior estaba oscuro, con haces de luz filtrándose a través de los vitrales rotos. Un crucifijo sangrante me observaba desde el altar, y por un momento sentí el impulso de reírme de la ironía.

–¿Padre Ignacio? –una voz me sobresaltó.

Me giré para ver a una mujer de mediana edad con delantal y manos callosas. Debía ser Carmela, la sirvienta mencionada en los documentos del coche.

–Sí, hija. He llegado esta mañana.

–¡Gracias a Dios! –exclamó, persignándose–. El pueblo estaba preocupado. El Padre Benito murió tan de repente... –dijo.

–El Señor lo tenga en su santa gloria, tú debes ser Carmela. ¿Dónde puedo dejar mis cosas? –Pregunté

–Le preparé la habitación del Padre Benito. Arriba, a la izquierda. ¿Necesita algo de comer?

–Te lo agradecería, ha sido un camino largo, mientras iré a para presentarme al pueblo.

Subí por la escalera de madera que crujía bajo mi peso. La habitación era pequeña, con una cama estrecha, un escritorio y una ventana que daba al cementerio. Perfecto.

Colgué la sotana en el armario y me quedé en ropa interior, observando mi reflejo en el espejo opaco. El prisionero había desaparecido, pero el depredador seguía allí, esperando.

La primera misa fue un ejercicio de actuación. Memoricé los rituales de los documentos del Padre Ignacio y lo que recordaba de las misas a las que había asistido, moviéndome con una solemnidad que no sentía.

Afortunadamente la cárcel forma carácter y te vuelve duro, al haberme enfrentado a reos que podían acabar con mi vida en minutos, hablar ante aquella multitud de gente era un paseo en el parque

Los habitantes del pueblo me observaban con una mezcla de reverencia y curiosidad, sus ojos llenos de una fe que yo no podía comprender.

Entre ellos estaba el alcalde Villalobos, un hombre con cara de pocos amigos, en cuanto termino la misa subió a presentarse conmigo, sus

manos eran sudorosas, una sensación de asco me apretó la mano con más fuerza de lo necesario.

–Bienvenido, Padre. Santa María lo necesita.

–Estamos aquí para servir, hijo. –Respondí convencido de ser un gran actor.

Mas tarde baje al confesionario, pues mi rol era el de sacerdote confesor. Permanecí ahí un tiempo meditando lo fácil que había sido engañar a todos.

La primera confesión llegó esa misma tarde. Una mujer joven entró temblorosa al confesionario, el aroma a flores y a sudor me golpeó antes de que hablara.

–Perdóneme, Padre, porque he pecado.

–Habla, hija. El Señor te escucha.

–He tenido pensamientos impuros, Padre. Pensamientos sobre el hombre que corta leña los jueves. Lo imagino sin camisa, sudando, él y yo juntos, besándome mientras hurga por debajo de mi falda...

Mi mano se deslizó sin previo aviso hacia mi entrepierna, había pasado quince largos años sin una mujer, asi que mientras ella continuaba con una voz cada vez más débil y describía fantasías que la hacían ruborizar, yo sentía cómo mi miembro se endurecía con cada palabra.

La humildad de su tono contrastaba con la crudeza de sus deseos.

–¿Y qué más, hija? –pregunté, mi voz más grave de lo habitual, mientras mi mano frotaba por debajo de la sotana.

–Lo... lo imagino tomándome contra los árboles, Padre, metiendo su miembro erecto dentro de mi y haciéndome gemir de place, yo sé que no debería decir estas cosa, ¿que pensara usted de mí? Me siento culpable.

–No te preocupes hija, estoy aquí para perdonar en nombre de nuestro señor, si el té ha concedido el perdon en la cruz, no soy quien para juzgarte. El deseo no es pecado, hija. Es la tentación. Reza tres Ave Marías y ven mañana para confesarte de nuevo.

Escuché su suspiro de alivio mientras se iba. Mi mano se movía más rápido ahora, hasta que el calor me recorrió y me estremecí en la oscuridad del confesionario.

El poder era mejor que cualquier droga, más adictivo que la violencia.

Las confesiones se sucedieron durante los días siguientes.

El comerciante Ricardo admitía sus infidelidades con la esposa del panadero. Dolores, la viuda, describía cómo se masturbaba con los rosarios mientras pensaba en el joven sacristán.

Cada secreto era una pieza más en mi tablero, un arma que guardaría para cuando la necesitara.

Mateo, el sacristán, se convirtió en mi sombra. Un muchacho de dieciocho años con ojos demasiado grandes para su cara y una devoción que rayaba en la idolatría.

–¿Por qué eligió ser sacerdote, Padre? –preguntó mientras limpiábamos el altar.

–Dios me llamó, hijo. ¿Tú siempre has querido servir?

–Mi madre dijo que nací para ello. Pero a veces... a veces tengo dudas.

–Las dudas fortalecen la fe, Mateo. Ven a mí cuando las tengas.

Le sonreí, viendo cómo ruborizaba.

–Este muchacho podría serme útil. –Pensé

La tercera noche, el alcalde me invitó a cenar. Su casa era la más grande del pueblo, con muebles de madera oscura y retratos de antepasados con miradas severas. Sofía, su hija, entró justo cuando servían el caldo.

Llevaba un vestido azul que se adhería a sus curvas de manera provocadora. Su cabello oscuro caía sobre sus hombros y sus ojos, del color del café oscuro, me examinaron con una intensidad que me sorprendió. Veintidós años de pura tentación disfrazada de inocencia.

–Padre, es un placer –dijo, extendiendo una mano pequeña y perfecta.

–El placer es mío, hija.

Nuestros dedos se tocaron por un instante. Un escalofrío me recorrió, algo que no sentía desde antes de la prisión.

Sofía sintió lo mismo, lo vi en su ligera contracción, en cómo apartó la mano demasiado rápido.

Durante la cena, la observé de reojo. Movía el tenedor con una gracia aprendida, pero sus dedos tamborileaban impacientes sobre la mesa.

Sus piernas, largas y bien formadas, se cruzaron y descruzaron varias veces. Esta muchacha no era tan pura como aparentaba.

–Sofía acaba de regresar del internado –dijo el alcalde con orgullo–. Seis años bajo la tutela de las Madres del Santo Rosario.

–Debe de haber sido una experiencia formativa –respondí, mientras mis ojos se encontraban con los de ella.

–Muy formativa, Padre. Aprendí mucho sobre la obediencia y la humildad.

La ironía en su voz era casi imperceptible, pero yo la capté. Esta chica y yo teníamos algo en común: ambos éramos expertos en el arte de la apariencia.

Más tarde esa noche, mientras me masturbaba en la oscuridad de mi habitación, pensé en Sofía. Pensé en sus ojos, en sus labios, en la manera en que su vestido se ajustaba a su cuerpo.

El pueblo me ofrecía un poder que nunca había conocido, pero ella... ella ofrecía algo más. Algo peligroso. Algo que podría destruirme o hacerme más fuerte que nunca.

Me dormí con el sabor de la transgresión en la boca, soñando con confesionarios y secretos, con una hija de alcalde y el poder absoluto.

3. Confesiones y Placer

El confesionario se había convertido en mi trono, un espacio reducido donde los secretos se convertían en moneda de cambio.

Cada tarde, las mujeres de Santa María de la Sangre se arrodillaban ante mí, sus vocecitas temblorosas revelando pecados que harían arder a los santos.

–Perdóneme, Padre, porque he pecado –murmuraba Dolores, la viuda de sesenta años cuya devoción era solo superada por su lascivia–. He tocado mi santuario mientras pensaba en el joven Mateo.

Mi mano se deslizaba bajo mi sotana mientras ella describía con lujo de detalles cómo sus dedos viajaban por su cuerpo anciano, imaginando al sacristán desnudo.

El contraste entre su voz temblorosa y la crudeza de sus fantasías me excitaba hasta el dolor. Me imaginaba a esa vieja arrugada manoseándose, y el pensamiento era tan absurdo como excitante.

–El deseo no es pecado, hija –respondía con voz grave, sintiendo cómo mi miembro se endurecía–. Reza tres Padrenuestros y vuelve mañana.

La siguiente era Isabel, la joven casada a quien su marido nunca la dejaba satisfecha. Sus confesiones eran más explícitas, más desesperadas.

–Lo imagino a usted, Padre –susurraba, su voz cargada de deseo–. Lo imagino tomándome en el altar, con mi sotana levantada hasta mi cintura.

Mi mano se movía más rápido ahora. La imagen de esa joven de veintiséis años, con sus pechos perfectos y su cintura estrecha, me provocaba un calor que se extendía por todo mi cuerpo. La escena mental era tan vívida que casi podía sentir su piel contra la mía.

–Dios perdona a los pecadores arrepentidos, hija –decía mientras me estremecía en la oscuridad–. Pero el arrepentimiento requiere sacrificio.

Las confesiones se sucedían, cada una más depravada que la anterior. Ricardo, el comerciante, admitía sus encuentros con prostitutas en el pueblo vecino.

Carmela, la sirvienta, revelaba cómo había robado objetos de valor de la iglesia para venderlos. Cada secreto era una pieza más en mi tablero.

Pero Sofía era diferente. No venía al confesionario. En su lugar, me encontraba en los pasillos de la iglesia, sus ojos fijos en mí con una intensidad que me perturbaba.

–¿Cree en los milagros, Padre? –preguntó una tarde mientras limpiaba los candelabros–. ¿Cree que las personas pueden cambiar realmente?

Su perfume a jazmín mezclado con el aroma a cera de la iglesia creaba una combinación embriagadora. La luz del atardecer se filtraba a través de los vitrales, tiñendo su piel de tonos azules y rojos.

–Dios obra de forma misteriosa, hija –respondí, notando cómo su lengua se paseaba lentamente por sus labios–. Pero el cambio requiere voluntad.

–¿Y si la voluntad no es suficiente? –acercó su mano, sus dedos rozando los míos–. ¿Y si el deseo es más fuerte?

El contacto eléctrico me recorrió como un rayo. Durante un momento, olvidé mi papel, olvidé que era un prisionero fugado. Solo era un hombre deseando a una mujer.

–El deseo puede ser una guía, hija –mi voz era más grave de lo habitual–. O puede ser nuestra condena.

Esa noche, mientras me masturbaba en la oscuridad de mi habitación, pensé en ella. Pensé en sus ojos, en sus labios, en la manera en que su vestido se adhería a sus curvas.

En mi sueño, me encontré con ella en el jardín. La luna llena iluminaba su rostro, creando sombras que acentuaban sus mejillas y sus labios.

–¿Siente lo mismo que yo, Padre? –preguntó, su voz apenas un susurro–. ¿Siente esta atracción que nos quema?

–Soy un hombre de Dios, hija –respondí, aunque mi cuerpo gritaba lo contrario–. Estoy aquí para servir, no para pecar.

–¿Y si servir y pecar fueran lo mismo? –se acercó, su perfume inundando mis sentidos–. ¿Y si el pecado fuera la única forma de verdaderamente servir?

Sus labios se encontraron con los míos, suaves y cálidos. La besé con una ferocidad que sorprendió hasta a mí mismo. Mis manos viajaron por su espalda, sintiendo la ternura de su piel a través del vestido.

–Deberíamos parar –murmuré contra sus labios, aunque mi cuerpo decía lo contrario–. Esto es incorrecto.

–Nada de lo que sentimos es incorrecto, Padre –respondió, su mano deslizándose hacia mi entrepierna–. Es solo naturaleza. Es solo deseo.

Su mano me rodeó, sus dedos expertos encontrando cada punto sensible. Me estremecí, mi cuerpo respondiendo con una intensidad que no había sentido en años.

–Dios nos perdonará –susurré mientras sus labios descendían por mi cuello–. O quizás no. Pero en este momento, no me importa.

La llevé hacia un banco de piedra, mi boca devorando la suya. Mis manos encontraron el borde de su vestido, subiendo lentamente por sus muslos. Su piel era suave, cálida, perfecta.

–Quiero que me posea, Padre –susurró contra mi oído–. Quiero sentirlo dentro de mí, pecando conmigo.

Me desperté sobresaltado y con el miembro más erecto que nunca, me masturbé ferozmente para calmarlo, el clímax fue tan intenso e indescriptible como liberador, pero no suficiente, necesitaba tenerla, poseerla, hacerla mía a cualquier costo.

4. La Hija del Alcalde

Esa noche, la iglesia estaba más oscura de lo habitual. Las velas parpadeaban, lanzando sombras danzantes sobre las paredes. Estaba en el confesionario, era mi lugar favorito, asi que, a pesar de que no había nadie en la iglesia y no esperaba que llegara alguien no tenía ninguna prisa por irme de ahi.

Estaba preguntándome ¿qué habría pasado con aquellos que escaparon a campo traviesa? Me preguntaba si acaso ¿habían logrado escapar? También me preguntaba si ¿Me estarían buscando?

De pronto, algo me saco de mis pensamientos, la puerta se abrió con un crujido. Alguien se arrodilló al otro lado de la rejilla.

–Vaya, me equivoqué, –Pensé.

–Perdóneme, Padre, porque he pecado –dijo una voz que reconocí inmediatamente.

Era Sofía.

–Bienvenida hija. –Dije, porque a pesar de mi deseo debía mantener mi mascara. –dime, que pecados has cometido.

–Pues, no se como empezar, –dijo, con voz temblorosa, claramente fingida–, desde que nos conocimos en casa de mi padre no he dejado de pensar en usted. No de forma convencional sino de manera impura.

Mi mano se deslizó bajo mi sotana, mi miembro se endureció al instante.

–¿Y qué has hecho con esos deseos, hija? –pregunté, mi voz grave con excitación.

–Me he tocado, padre, –respondió, su voz más baja–. Me he tocado como perra en celo mientras pensaba en usted. Mientras imaginaba sus manos sobre mí, su boca devorándome.

Mi mano se movía más rápido, el calor recorriéndome como un incendio.

–He imaginado que entra en mi cuarto por la noche, –continuaba, su voz cada vez más débil–. Que despoja mi camisa de noche, que me toma con fuerza, que me hace suya.

Me estremecí en la oscuridad, el placer abrumador. La imagen de Sofía tocándose mientras pensaba en mí era demasiado excitante.

–El deseo no es pecado, hija, –dije, con voz temblorosa y jadeante–. Pero la acción sí lo es.

–Entonces pequemos, Padre –susurró–. Hágame pecar. Hágame suya.

Oí cómo se levantaba, cómo abría la puerta del confesionario. Entró en mi lado, su figura esbelta recortada por la luz de la vela.

–Sofía. –murmuré, aunque sabía que debía detenerla–. No deberías estar aquí.

–No puedo resistirme, Padre –respondió, arrodillándose frente a mí–. Necesito sentirlo. Necesito que castigue a esta pobre pecadora.

Su mano encontró mi entrepierna, sus dedos expertos rodeándome. Me estremecí, mi cuerpo respondió con una ferocidad que me

asustaba.

–Perdóname, Sofía –murmuré mientras sus labios se encontraban con los míos–. Perdóname por lo que voy a hacerte.

La tomé con una fuerza que la hizo gemir, la levanté y la senté sobre el pequeño banco del confesionario. Entré en ella con un rugido, sintiendo cómo se contraía alrededor de mí.

–Más, –gritó, mientras sentía sus uñas arañando mi espalda–. Más duro, Padre. Hazme tuya.

La tomé con la ferocidad de quien devora un buen filete después de quince años de dieta vegana, cada embestida era más profunda que la anterior.

Sus gemidos llenaban el confesionario, mezclándose con el eco de nuestros cuerpos.

–Sofía, –gemí al llegar al clímax con mi cuerpo temblando contra el suyo–. Sofía.

Nos quedamos así por varios minutos, nuestros cuerpos entrelazados, nuestros alientos entrecortados. El confesionario, ese espacio sagrado, ahora olía a sexo y a pecado.

–Esto no puede repetirse, –dije finalmente, aunque sabía que era una mentira–. Nos descubrirán.

–No nos descubrirán si tenemos cuidado, Padre, –respondió con una sonrisa astuta–. Y si lo hacen, ¿acaso no es más excitante así?

Se vistió rápidamente y se fue dejándome solo en la oscuridad, con mi cuerpo temblando y mi mente confundida.

El depredador había sido cazado. El manipulador había sido manipulado. Y por primera vez en quince años, sentía algo más que poder o lujuria.

Sentía miedo.

5. El Chantaje

La tarde se desangraba sobre Santa María de la Sangre, tiñendo de naranja las fachadas de las casas. En mi cuarto, revisaba las notas que había tomado mentalmente durante las confesiones.

Cada pecado era una herramienta, cada secreto una llave. Sofía se había convertido en una obsesión, pero el depredador en mí sabía que el sentimiento era una debilidad.

La encontré en el cementerio, arrodillada ante la tumba de su madre. El vestido blanco se adhería a su cuerpo, delineando curvas que había explorado la noche anterior. Su cabello caía como una cascada de obsidiana sobre sus hombros descubiertos.

–Hija, ¿qué haces aquí tan sola? –mi voz resonó entre las lápidas como un susurro de condena.

Se giró sobresaltada, sus ojos oscuros abriéndose con el pánico. Se persignó con una rapidez que me pareció cómica.

–Padre Ignacio. No... no lo esperaba. Vengo a rezar por mi madre.

–La oración es buena, hija –me acerqué, mi sombra envolviéndola–. Pero hay otros pecados que requieren atención. Pecados de carne, de deseo, de traición.

Su rostro palideció. Su mano tembló al tocarse el crucifijo que colgaba de su cuello.

–No sé a qué se refiere, Padre.

–¿No? –sonreí, dejando que mi mirada viajara por su cuerpo–. ¿Acaso no fue usted quien se deslizó en mi confesionario anoche? ¿Quién me suplicó que la pecara?

–Eso... eso fue un error –susurró, sus ojos llenos de lágrimas–. Un momento de debilidad.

–Un momento como aquel que tuvo en el jardín de su casa –continué, disfrutando de su tormento–. Un momento que Isabel, la esposa del panadero, también ha confesado. Aunque con menos detalles, por supuesto.

–¿Isabel? –su voz era un hilo roto–. Ella no sabe nada.

–Tu crees que no sabe, pero ella le dio permiso a su esposo de darse, digámoslo asi un gusto extramarital, –saqué un pequeño cuaderno de mi sotana–. Pecados que usted le confesó a ella cuando creía que hablaba con su amiga. ¿Recuerda sus charlas nocturnas? ¿Los secretos que compartían?

El terror se apoderó de ella. Se levantó, tambaleándose.

–¿Qué quiere? –preguntó, su voz cargada de desesperación–. ¿Dinero? ¿Qué es lo que quiere de mí?

–Quiero obediencia, hija –mi voz se volvió más suave, más peligrosa–. Quiero sumisión. Quiero que su cuerpo y su alma me pertenezcan por completo.

–Mi padre es el alcalde –replicó con un fuego débil–. Él la haría arrestar.

–¿Y qué diría el alcalde cuando supiera que su hija participa en orgías con el comerciante y su esposa? ¿Qué pensaría cuando se

enterara de que usted le roba dinero para financiar sus encuentros secretos?

Me acerqué más, mi aliento rozando su mejilla.

–O quizás debería hablar con la Madre Superiora de su internado. Me imagino que le interesaría saber cómo su alumna más devota pasaba las noches fuera de su celda.

Las lágrimas corrían ahora libremente por sus mejillas. Se había roto. La máscara de inocencia se había hecho añicos, revelando a la mujer desesperada que había debajo.

–¿Qué debo hacer? –susurró, vencida.

–Ven a mi cuarto esta noche –ordené, mi mano rozando su mejilla–. A las diez. Sin excusas. Sin resistencia.

Esa noche, la esperaba. La habitación estaba iluminada por una única vela, sus sombras danzando sobre las paredes desnudas.

La puerta se abrió con un crujido, entrando Sofía como un fantasma. Se desnudo apenas entro, su piel brillaba bajo la luz parpadeante, sus pechos perfectos, su vientre plano, el vello de su monte de Venus oscuro y rizado.

–Arrodíllate –ordené.

Se arrodilló sin dudar, su cabeza inclinada en señal de sumisión. Me acerqué, mi miembro erecto saliendo de la abertura de mi sotana.

–Tómame –dije, mi voz cargada de poder–. Demuéstrame tu arrepentimiento.

Sus labios me rodearon, su lengua moviéndose con una habilidad que me sorprendió. La miré desde arriba, viendo cómo su cabeza se movía, cómo sus mejillas se hundían con cada embestida. El poder era intoxicante, más excitante que cualquier acto físico.

–Más profundo, –ordené, mis manos entrelazándose en su cabello–. Ahógate con mi pecado.

La tomé con fuerza, controlando sus movimientos, usándola como el instrumento de mi placer. Sentía cómo se ahogaba, cómo sus lágrimas se mezclaban con mi saliva, pero no se detuvo. Su sumisión era total.

La levanté y la arrojé sobre la cama. Me posicioné sobre ella, mis rodillas separando sus piernas.

–¿Se quién eres? –pregunté, mientras mis dedos encontraban su clítoris, hinchado y sensible.

–De usted, Padre –susurró, mientras su cuerpo temblaba–. Solo de usted.

La penetré con una ferocidad que la hizo gritar. Cada embestida era una afirmación de mi dominio, cada gemido una confirmación de su sumisión. La tomé como un animal, sin delicadeza, sin piedad, solo con el deseo de marcarla, de poseerla por completo.

–Mira cómo te tomo –rugí, mi mano rodeando su cuello–. Mira cómo te desgarro.

Sus ojos se abrieron con el pánico y el placer, una mezcla que me excitó hasta el dolor. Sus manos se aferraron a mis brazos, sus uñas arañando mi piel.

–Mátame, –susurró, su voz cargada de desesperación–. Mátame si quieres.

La idea me recorrió como un rayo. La idea de apretar, de sentir cómo su vida se extinguía bajo mis dedos, era tentadora, peligrosa. Pero no. No todavía. Tenía mucho más que obtener de ella, mucho más que disfrutar.

La volví, tomándola por detrás como a una bestia. Sus nalgas se hinchaban con cada embestida, su espalda arqueándose en un ángulo imposible.

–Eres mía –grité al llegar al clímax, mi semen llenándola–. Mía por siempre.

Nos quedamos así por varios minutos, con nuestros cuerpos entrelazados, sudando y temblando. La vela se consumía lentamente con sus sombras danzando sobre nuestra unión pecaminosa.

–Ahora vete –ordené finalmente, levantándome–. Pero regresa mañana y cada noche, a partir de hoy tu cuerpo me pertenece, tu alma me pertenece, todo de ti me pertenece.

Se vistió en silencio, sus movimientos lentos, dolorosos. Antes de irse, se giró para mirarme. Sus ojos estaban rojos de llanto, pero también brillaban con una nueva luz. Una luz de sumisión, de aceptación, de deseo oscuro.

–Hasta mañana, Padre –susurró antes de desaparecer en la oscuridad.

Me quedé solo en la habitación con mi mente confundida. Había logrado lo que quería, su sumisión total, pero algo en mí había cambiado.

El depredador se había enamorado de su presa y eso, sabía, era el pecado más peligroso de todos.

6. El Pecado de la Carne

Los días se convirtieron en una rutina de misas fingidas y confesiones que alimentaban mi control. Sofía venía cada noche, un espectro de sumisión que se deslizaba en mi cuarto como una penitente voluntaria. Su cuerpo se había convertido en mi altar, sus gemidos en mis plegarias.

–¿Qué te haré hoy? –pregunté una noche mientras ella se arrodillaba desnuda ante mí–. ¿Qué sufrimiento te ofrecerá tu Dios?

Sus ojos oscuros me miraban desde el suelo, una mezcla de terror y anhelo. Había aprendido a no resistirse, a no cuestionar. El miedo era un excelente maestro.

–Lo que usted desee, Padre, –susurró, con su voz ya sin la fuerza de antes.

Le ordené que se colocara de cuatro patas sobre la cama, su espalda arqueada, su trasero ofrecido como un sacrificio. La golpee con la palma de mi mano, una, dos, tres veces. Su piel se enrojecía bajo la luz de la vela, cada golpe haciéndola gemir más bajo.

–¿Te gusta? –pregunté, mis dedos encontrando su humedad creciente–. ¿Te gusta que te castigue?

–Sí, Padre –susurró, con su voz rota–. Me gusta todo lo que usted me hace.

La penetré con un dedo, luego con dos, sintiendo cómo se contraía alrededor de mí. Su cuerpo respondía con una honestidad que su mente negaba.

Su odio y su deseo luchaban en una batalla que yo estaba ganando.

–Eres una pecadora, Sofía –murmuré mientras la tomaba por detrás–. Una pecadora nacida para ser castigada.

La poseí con una ferocidad que crecía cada noche. Cada embestida era una afirmación de mi dominio, cada gemido una confirmación de su sumisión.

La usaba como quería, cuando quería, sin considerar su placer, solo el mío. Aun así, ella encontraba su éxtasis en mi violencia, su clímax en mi dominación.

–Mírame. –ordené, haciéndola girar para enfrentarla–. Mírame mientras te lleno.

Sus ojos se abrieron, sus pupilas dilatadas con el placer y el dolor. La vi perder el control, su cuerpo temblando, su boca abierta en un grito silencioso. La observé con una frialdad que me asustaba, una distancia que me protegía de cualquier sentimiento.

–Ahora vete –dije después de terminarla, retirándome bruscamente–. Tu cuerpo me pertenece, pero tu presencia me cansa.

Se vistió en silencio, sus movimientos lentos, dolorosos.

–Hasta mañana, Padre –susurró antes de desaparecer en la oscuridad.

Al día siguiente, durante la misa, la observé desde el altar. Estaba sentada en la primera fila, vestida de negro, su rostro pálido pero sereno. Sus manos temblaban ligeramente sobre el rosario, pero su mirada era firme.

No era la misma joven que había llegado al pueblo hacía semanas. Esta era otra, moldeada por mi voluntad.

–El Señor prueba a los justos, –dije durante mi sermón, mis ojos fijos en ella–. Los somete a tentaciones, los hace sufrir, pero los recompensa con su gracia. Los recompensa con su amor.

Sofía levantó la vista, nuestros ojos encontrándose por un instante. Una sonrisa casi imperceptible cruzó sus labios. Una sonrisa que me heló la sangre. Algo había cambiado en ella. Algo que no había previsto.

Después de la misa, el alcalde se acercó a mí.

–Padre, mi hija ha cambiado desde su llegada, –dijo, su voz cargada de preocupación–. Se ha vuelto más reservada, más... piadosa. Le agradezco su guía espiritual.

–Dios obra de forma misteriosa, alcalde, –respondí, notando cómo sus ojos se desviaban hacia Sofía, que hablaba con Mateo cerca del confesionario–. El alma de su hija está en buenas manos.

Esa noche, Sofía llegó más temprano de lo habitual. No se arrodilló como de costumbre. En su lugar, se quedó de pie frente a mí, su cuerpo desnudo desafiante.

–Quiero algo diferente esta noche, Padre, –dijo con voz firme–. Quiero sentirlo de otra manera.

–No eres tú quien decide, –respondí con una frialdad que no sentía–. Tu cuerpo me pertenece.

–Entonces tome mi cuerpo, –se acercó, sus manos rozando mi pecho–. Pero esta vez, tome también mi alma.

Sus labios se encontraron con los míos, no con sumisión, sino con pasión. Me besó con una ferocidad que me sorprendió, su lengua explorando mi boca, sus manos desabrochando mi sotana. Por primera vez, ella tomaba el control.

La aparté bruscamente.

–¿Qué te has creído, puta? –grité, mi ira explotando–. ¿Acaso olvidas tu lugar?

–Mi lugar está donde usted me ponga, Padre –respondió sin inmutarse–. Pero esta noche, quiero estar encima.

Antes de que pudiera protestar, me empujó sobre la cama. Se montó sobre mí, sus piernas a cada lado de mi cintura, sus manos sujetando mis muñecas. Hizo que mi miembro erecto entrara en su cuerpo moviéndose con una gracia que me hipnotizó.

–Mírame –ordenó cargada de poder–. Mírame mientras te tomo.

La observé, completamente indefenso. Su pelo caía sobre sus hombros, sus pechos se balanceaban con cada movimiento, sus ojos fijos en los míos. Por primera vez en mucho tiempo, sentía algo más que poder.

La seguí con mis caderas levantándose para encontrar las suyas, mis manos liberadas para explorar su cuerpo. La tomé con una intensidad que me asustó, una pasión que había creído muerta.

Llegamos al clímax juntos, nuestros cuerpos temblando, nuestros gemidos llenando la habitación.

–¿Qué me has hecho, Sofía? –pregunté finalmente, mi voz más suave de lo habitual–. ¿Qué me has hecho?

–Lo mismo que usted me ha hecho a mí, Padre –respondió con una sonrisa astuta–. Nos ha hecho libres.

Se levantó, vistiéndose con una lentitud deliberada. La observaba, completamente confundido. La presa se había convertido en cazadora, la víctima en victimaria y yo, el depredador, había sido domesticado.

–Hasta mañana, Padre –susurró antes de irse–. Tengo nuevas ideas para nuestras oraciones.

Me quedé solo en la habitación con mi mente en caos, había perdido el control, algo que nunca me había pasado.

Sofía ya no era mi víctima, se había convertido en mi igual y eso, sabía, era mucho más peligroso que cualquier otro pecado.

7. Secretos Reveladores

El confesionario se había transformado en mi centro de operaciones, un trono desde el cual tejía mi red de control.

Cada tarde, las sombras del atardecer se colaban por los vitrales rotos mientras los pecadores de Santa María de la Sangre se arrodillaban uno por uno, entregándome sus secretos como monedas de cambio.

El poder se me subía a la cabeza como el vino barato, embriagándome con cada susurro culpable.

–Perdóneme, Padre, porque he pecado –murmuraba Ricardo, el comerciante, su voz temblorosa tras la rejilla–. He estado vendiendo mercancía de contrabando en el almacén de atrás. El alcalde y el comisario reciben su parte.

Resulta que la corrupción en Santa María era más profunda de lo que imaginaba, un sistema bien estructurado donde todos se protegían mutuamente.

–La avaricia es pecado mortal, hijo –respondí con voz grave–. Pero la redención es posible para quienes se arrepienten sinceramente. Traerás el registro de tus ventas la próxima semana.

Pero una tarde la confesión más valiosa llegó de manos inesperadas. Carmela, la sirvienta de la iglesia, entró temblorosa al confesionario. Su aroma a jabón barato y a sudor me golpeó antes de que hablara.

–Perdóneme, Padre, porque he pecado –susurró con voz más baja que de costumbre–. He guardado secretos durante años. Secretos que podrían destruir a este pueblo.

Mi instinto se agudizó. Esta mujer escondía algo importante, algo más allá de sus habituales confesiones sobre robos menores y chismes del pueblo.

–El confesionario es sagrado, Carmela –dije con voz suave pero firme–. Lo que se dice aquí, se queda aquí.

–El alcalde... –comenzó, su voz temblando–. No es lo que parece. Hace cinco años, cuando el anterior comisario se negó a participar en sus negocios ilícitos... desapareció. Lo encontraron ahogado en el río, pero yo sé la verdad.

Me incliné hacia adelante, mi corazón latiendo con fuerza.

–¿Qué verdad, hija? –pregunté, controlando la excitación en mi voz.

–Vi esa noche –continuó Carmela susurrando como quien cuenta un secreto–. Vi al alcalde y al actual comisario arrastrar el cuerpo del anterior comisario hacia el río. Estaban borrachos, riendo. El comisario Ramírez llevaba una pistola en la mano. Dijeron que el anterior se había negado a cooperar, que necesitaban un cambio.

El confesionario se sintió de repente demasiado pequeño. La información era más valiosa de lo que había imaginado. El asesinato de un comisario, perpetrado por el actual alcalde y el jefe de policía. Esto era oro puro.

–¿Hay más? –pregunté, mi mente ya trazando planes.

–El dinero del contrabando –continuó Carmela–. Lo guardan en una bodega secreta debajo del Ayuntamiento. Ricardo hace la contabilidad, pero el dinero real está allí. Millones, Padre. Dinero de drogas, de armas... de cosas que no quiero ni imaginar.

Me quedé en silencio por varios minutos, procesando la información.

La corrupción en Santa María era un cáncer que se extendía desde la cima hasta los cimientos.

El alcalde Villalobos no era solo un político ambicioso, era un asesino. El comisario Ramírez no era solo corrupto, era un cómplice de asesinato.

–Has hecho bien en confesar, Carmela –dije finalmente–. Dios te perdonará. Pero necesitas que traigas algo la próxima semana. Algo que pruebe tus palabras. Algún documento, alguna fotografía, cualquier cosa que pueda corroborar tu testimonio.

–Sí, Padre –respondió, su voz aliviada–. Hay cartas. El anterior comisario las escribió a su esposa antes de morir. Las guardo en mi casa. Se las traeré.

La puerta se cerró. Me quedé solo en la oscuridad, con mil cosas que pensar.

Esa noche, Sofía llegó a mi cuarto como cada noche. Su cuerpo desnudo brillaba bajo la luz de la vela, sus ojos fijos en mí con una mezcla de sumisión y desafío.

–Aquí me tienes, a tu disposición, –dijo con voz firme–. Quiero sentirte de otra manera.

No la escuché. Mi mente estaba en otro lugar, en los secretos que había descubierto, en el poder que estaba a punto de adquirir.

–Arrodíllate, –ordené con una voz más fría de lo habitual.

Se arrodilló sin dudar, su cabeza inclinada en señal de sumisión. Me acerqué, mi miembro erecto saliendo de la abertura de mi sotana.

–Tómame, –dije, mi voz cargada de poder–. Demuéstrame tu arrepentimiento.

Sus labios me rodearon, su lengua moviéndose con una habilidad que me sorprendía. La miraba desde arriba, pero mi mente estaba en otro lugar, en las cartas que Carmela me traería, en la forma en que usaría esa información.

La tomé con fuerza, controlando sus movimientos, usándola como el instrumento de mi placer. Sentía cómo se ahogaba, cómo sus lágrimas se mezclaban con mi saliva, pero no me importaba. Solo pensaba en el poder.

La levanté y la arrojé sobre la cama. Me posicioné sobre ella, mis rodillas separando sus piernas y mis dedos encontrando su clítoris, hinchado y sensible.

La penetré con ferocidad, pero ausente. La use como quien usa un objeto, yo no estaba ahí, solo mi cuerpo se satisfacía de manera automática, hasta que mi semen inundo su interior.

Se vistió en silencio, un silencio que hacia eco a mi pensamiento.

No escuche cuando se despidió, solo permanecí ahí absorto hasta que el sueño venció a mi mente.

Al día siguiente, durante la misa, mis ojos se encontraron con los del alcalde Villalobos. Me sonreía desde la primera fila, con su cara iluminada por una falsa devoción.

Apreté la mandíbula, imaginando cómo sería su expresión cuando supiera que yo conocía su secreto más oscuro.

–El Señor prueba a los justos, –dije, mi voz resonando en la nave vacía–. Los somete a tentaciones, los hace sufrir, pero los recompensa con su gracia. Los recompensa con su verdad.

El alcalde asentía con devoción, sus manos sudorosas entrelazadas sobre su regazo. No tenía idea de que su verdad estaba a punto de explotar en su cara. Sofía, sentada a su lado, me miró con una intensidad que me perturbaba.

Sus ojos oscuros parecían leer mis pensamientos, como si supiera que el equilibrio de poder estaba a punto de romperse.

Después de la misa, el alcalde se acercó a mí con su sonrisa de víbora.

–Padre, su sermón hoy ha sido particularmente iluminador –dijo, su voz cargada de una falsa humildad–. La gente del pueblo siente una renovada fe bajo su guía.

–Dios obra a través de sus instrumentos más humildes, alcalde –respondí, notando cómo sus ojos se desviaban hacia el confesionario–. ¿Hay algún asunto que le preocupe?

–No, Padre, solo quería agradecerle por su influencia positiva en mi hija, –dijo con su mano posándose sobre mi hombro con una familiaridad que me repugnó.

–El alma de Sofía está en buenas manos, alcalde –dije con una sonrisa discreta–. Muy buenas manos.

Esa tarde, Carmela llegó con el paquete. Lo entregó con manos temblorosas, su rostro pálido por el miedo.

–Son las cartas, Padre –susurró, mirando a su alrededor como si las paredes tuvieran oídos–. Las cartas que el comisario Hernández escribió a su esposa antes de morir.

Me retiré a mi cuarto, cerrando la puerta con cuidado. El paquete estaba envuelto en un trapo sucio, manchado de sudor y miedo. Lo abrí con delicadeza, encontrando cinco cartas amarillentas, escritas con una caligrafía temblorosa.

La primera carta era una declaración de amor, escrita semanas antes del asesinato. Pero la segunda... la segunda era oro puro.

Mi amor, decía, las cosas en el pueblo se han puesto feas. El alcalde Villalobos me presiona para que participe en sus negocios ilícitos. Contrabando, drogas... me ofrece dinero, mucho dinero. Pero no puedo. Mi conciencia no me lo permite. Dijo que si no cooperaba, habría consecuencias. Tengo miedo, mi amor. Mucho miedo.

La tercera carta era más desesperada.

Me amenazó directamente hoy. Dijo que, si no aceptaba su oferta, me arrepentiría. Dijo que conocía nuestros secretos, que sabía sobre nuestro hijo en la ciudad. Amenazó con dañarlo si no cooperaba. No sé qué hacer, mi amor. Estoy atrapado.

La cuarta carta era corta, casi incoherente.

Voy a confrontarlo mañana. No puedo seguir así. O él o yo. Uno de nosotros debe salir de Santa María. Prefiero la muerte a esta corrupción.

La última carta estaba escrita el día de su muerte. Solo tenía unas pocas líneas, manchadas de lo que parecía ser lágrimas.

Si estás leyendo esto, es que estoy muerto. No fue un accidente. Fue Villalobos. Y el comisario Ramírez. Ellos...

La carta terminaba abruptamente, como si hubiera sido interrumpida. La última palabra era ilegible, una mancha de tinta que se extendía por el papel.

Además de las cartas en la caja había algunos documentos que, deduzco Carmela no sabía interpretar y a ciencia cierta yo tampoco, pero tenía alguna noción, eran estados de cuenta de fondos malversados, lo que se conoce como lavado de dinero.

Sonreí. Tenía las pruebas que necesitaba. Tenía al alcalde y al comisario en la palma de mi mano. Pero debía hacerlo firme, una sola grieta, una muestra de debilidad y terminaría como el desdichado que había escrito esas cartas.

Esa noche, Sofía llegó como cada noche. Pero esta vez, algo era diferente. Entró en mi cuarto no con sumisión, sino con una determinación que me sorprendió.

–Sé que tienes algo, Padre –dijo, su voz firme–. Algo importante. Lo vi en tus ojos durante la misa. Lo siento en tu forma de actuar.

–No sabes de lo que hablas, hija –respondí, mi voz más fría de lo habitual–. Vístete y vete.

–No me iré hasta que me digas la verdad –insistió, acercándose–. Yo se que también guardas secretos.

Sonreí sarcásticamente creyendo que se trataba de manipulación, sin embargo, la frase cayo como balde de agua helada.

–Yo conocí al padre Ignacio Martínez, y lo conocí también como a ti, el frecuentaba la escuela de monjas en las que yo iba, fui yo quien le hablo de este pueblo y él dijo que solicitaría que lo asignaran si se daba la oportunidad ¿Quién eres realmente?

La miré fijamente, sus ojos oscuros desafiándome. Por un momento, sentí el impulso de contarle todo, de compartir mi poder con ella.

Pero el depredador en mí sabía que el poder compartido es poder perdido.

–Arrodíllate, –ordené, mi voz cargada de autoridad–. Arrodíllate y ora por tu alma pecadora.

Se arrodilló lentamente, sus ojos fijos en mí. Pero esta vez, vi algo diferente en su mirada. No era sumisión, era calculo. Estaba planeando algo.

La tomé con fuerza, como cada noche. La poseí con una ferocidad que la hizo gemir, tratando de afirmar mi dominio con cada embestida pero esta vez, sentía su resistencia, su desafío.

–Mírame –ordené, mi mano rodeando su cuello–. Mírame mientras te tomo.

Sus ojos se abrieron con el pánico y el placer, una mezcla que me excitó hasta el dolor. Sus manos se aferraron a mis brazos, sus uñas arañando mi piel.

–Mátame, –susurró, su voz cargada de desesperación–. Mátame ahora o te arrepentiras de no hacerlo.

Habría sido fácil hacerlo, pero ella era mas que nunca una pieza clave en el tablero, matarla era un error mas grave que dejarla viva.

La volví, tomándola por detrás como a una bestia. Sus nalgas se hinchaban a mi ritmo.

–Eres mía –grité al llegar al clímax, mi semen llenándola–. Entiéndelo, me perteneces.

Después de aquel torrente aun jadeando, la miré y le dije.

–Hay cosas que no debes saber aun, pero todo a su tiempo, ahora ve a descansar.

Al día siguiente, pedi al alcalde que pasara a mi estudio. Entró con su sonrisa habitual, su confianza reflejada en cada movimiento.

–Padre, a que debo tal honor –dijo, sentándose en la silla frente a mi escritorio.

–Alcalde, he estado reflexionando sobre el alma de nuestra comunidad –dije con mis ojos fijos en los suyos–. Y he llegado a la conclusión de que hay pecados que deben ser expuestos.

Su sonrisa vaciló por un instante.

–No entiendo, Padre.

–Oh, pero creo que sí entiende muy bien –dije, mostrándole una copia de las cartas–. El comisario Hernández, por ejemplo. Un hombre devoto, un servidor público o eso parecía.

El color abandonó el rostro del alcalde cuando vio las cartas. Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por una máscara de pánico.

–¿De dónde... dónde consiguió eso?

–Vera el templo de dios es un lugar sagrado, –dije, mi voz suave pero peligroso–. Un lugar donde los secretos vienen a morir o a renacer.

–Usted no se atrevería a romper un secreto de confesión, –dijo.

–No necesito hacerlo, –respondí–, solo debo enviar la información a las personas correctas a menos claro…

El alcalde sonrió.

–¿Qué quiere? –preguntó con seguridad–. ¿Dinero?

–El dinero es trivial, alcalde –dije, inclinándome hacia adelante.

El alcalde frunció el ceño, no era la respuesta que esperaba.

–Miré, –dije señalando la copia de los estados de cuenta–, usted es un hombre de ley, pero también es un blanco fácil, esto tarde o temprano saldrá a la luz, si no lo expongo yo, lo hará alguien más, que mejor fachada que una iglesia y quien mejor para "bendecir" el dinero que un sacerdote.

–Sea claro, –pidió

–Quiero una parte del pastel, –Dije con voz firme y segura–, pero no migajas. Quiero poder, control, que su autoridad se convierta en mi autoridad, que cada decisión que tome en este pueblo pase primero por mí. Voy a ser la sombra que dicta sus movimientos, la conciencia que guía su mano. A partir de ahora yo seré el alcalde no oficial de Santa María de la Sangre. Eso garantizará, que su dominio perdure y que este negocio sea más rentable.

–Ja, –se rio.

Su gesto notablemente nervioso, pero tratando de no perder el control.

–Y como lo hará más rentable.

–Créame, conozco este negocio mejor de lo que usted imagina. –Sonreí maliciosamente

–Pues… No se que decir, –esta vez los nervios lo traicionaron.

–No tiene que decir nada, alcalde –dije, guardando las cartas con lentitud–. Solo tiene que obedecer. A partir de hoy, el comisario Ramírez responderá directamente ante mí. Sus operaciones de contrabando continuarán, pero el treinta por ciento de las ganancias irá a parar a los fondos de la iglesia. Para la obra de Dios, por supuesto.

Su rostro se convirtió en una máscara de incredulidad y rabia.

–¿El treinta por ciento? ¡Es imposible! ¡El negocio se arruinará!

–Entonces el negocio se arruina, –respondí con una calma que heló su sangre–. Me temo que las cartas del comisario Hernández encontraran su camino hacia la prensa. la historia de un alcalde corrupto y asesino y un comisario cómplice vende mucho.

Se quedó en silencio por varios minutos, su mente trabajaba frenéticamente. Finalmente, asintió con la cabeza vencida.

–De acuerdo, Padre –susurró con su voz rota–. Como usted ordene.

–Excelente –dije, sonriendo–. Por cierto, hay algo más. Su hija Sofía... es una joven devota, llena de fe. Me gustaría que me ayudara en mis labores pastorales. Como asistente personal, por supuesto. Para que pueda aprender más sobre el servicio a Dios.

El terror se reflejó en sus ojos. Sabía lo que significaba. Sabía que su hija estaba ahora bajo mi control completo.

–Sí, Padre, –respondió, su voz apenas audible–. Cualquier cosa por el bien del pueblo.

–El bien del pueblo, –repetí, mi sonrisa ensanchándose–. Y el bien de su alma, por supuesto…

Vaya con dios, –agregue.

Esa noche, Sofía llegó a mi cuarto con una expresión que no había visto antes. Era una mezcla de desafío y cálculo, como si supiera que algo había cambiado.

–Mi padre está diferente –dijo, su voz firme–. Actúa raro. ¿Tiene algo que ver usted?

–Tu padre ha encontrado el camino de la redención, hija –respondí, desabrochando mi sotana–. Ha visto la luz. Y ahora, tú también la verás.

La tomé con una ferocidad que la hizo gritar, cada embestida una afirmación de mi poder absoluto. Ya no era solo sobre el placer, era sobre el dominio. Sobre el control.

Al día siguiente, el comisario Ramírez se presentó en la iglesia. Entró con su arrogancia habitual, su mano siempre cerca de la pistola.

–Padre, el alcalde me dijo que quería verme –dijo, su voz ronca–. ¿Hay algún problema?

–No hay problema, comisario –dije, sonriendo–. Solo una reorganización de las prioridades. A partir de hoy, usted responderá directamente ante mí.

Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por una mirada de confusión y desafío.

–¿Ante usted? ¿Qué significa eso?

–Significa que Santa María de la Sangre tiene un nuevo protector, –dije, acercándome–. Alguien que entiende la naturaleza humana, alguien que sabe cómo mantener el orden y el desorden.

Lo miré fijamente con mis ojos penetrando los suyos. Por un momento, vi el flash de violencia en su mirada, el impulso de sacar su pistola y acabarme. Pero luego, el miedo se apoderó de él. Sabía que no podía ganar.

–¿Qué quiere de mí? –preguntó, su voz temblando ligeramente.

–Quiero que siga haciendo su trabajo, comisario –dije, mi voz suave pero peligrosa–. Pero ahora, lo hará bajo mi supervisión. Las operaciones de contrabando continuarán, pero quiero informes semanales de todas sus actividades. Cada movimiento, cada transacción, cada secreto. ¿Entendido?

Se quedó en silencio por varios minutos, su mente trabajando frenéticamente. Finalmente, asintió con la cabeza vencida.

–De acuerdo, Padre, –respondió–. Como usted ordene.

–Excelente, –dije, sonriendo–. Ahora vaya con dios. Hay pecadores que esperan su justicia… y mi justicia.

Se fue lentamente con su arrogancia reemplazada por una sumisión forzada. Lo observé por la ventana, su figura encorvada mientras se alejaba. El poder era mío. Absoluto. Total.

Esa noche, me arrodillé ante el altar. La iglesia estaba vacía, silenciosa, llena de sombras danzantes. Las velas parpadeaban, lanzando luces y sombras sobre el crucifijo sangrante.

–Perdóname, Señor –murmuré, mi voz resonando en la nave vacía–. Porque he pecado. He tomado lo que no es mío, he corrompido lo sagrado, he convertido tu casa en mi reino de pecado.

Me quedé arrodillado por varios minutos, mi mente vacía, mi corazón pesado. Por primera vez en quince años sentía remordimiento y miedo.

–Pero no me arrepiento –continué, mi voz más firme–. No me arrepiento de nada porque este es mi reino y yo soy su rey ahora y siempre.

Me levanté, arreglando mi sotana con una torpeza que me avergonzaba. El depredador había ganado, pero el hombre en mí había perdido algo irreemplazable. Algo que nunca recuperaría.

Salí de la iglesia, la noche fría me recibió como una manta de hielo. Las estrellas brillaban en el cielo como oscuros testigos silenciosos de mi ascenso al poder y mi descenso a la infamia.

8. El poder robado

El dinero olía a victoria, no fue difícil, hice unas cuantas llamadas a algunos contactos que conocí cuando estuve en prisión.

La gran ventaja de que no haya papeles para anotar es que la información importante se queda guardada por instinto de supervivencia

Ahora mi tiempo en el confesionario se había reducido drásticamente, em vez de ocupar mi tiempo masturbándome con fantasías de pueblerinos apilaba fajos de billetes sobre la mesa de roble del despacho parroquial.

Una montaña de billetes que me pertenecía. Treinta por ciento de todas las ganancias del contrabando, un tributo obligatorio que el alcalde Villalobos depositaba cada lunes con una sonrisa.

Incluso él estaba sorprendido, los ingresos se habían triplicado en pocos días y sus preocupaciones y estrés habitual estaban cobijadas por una sotana. Eso afianzaba mi liderazgo.

El poder se sentía mejor que el sexo, más adictivo que la violencia. Ya no era Marco Ceguera, el convicto que esperaba morir entre rejas. Ahora era un dios en un pueblo de pecadores.

–¿Necesita algo, Padre? –Mateo me observaba desde el umbral con su devoción rayando en la idiotez.

–Cierra la puerta, muchacho, –ordené sin mirarlo–. Y trae la botella de whisky que guardo en el sacristía.

El chico obedeció sin dudar, su fe ciega en mi santidad era la herramienta más útil que poseía. Mientras servía dos copas, mi mente viajaba a la noche anterior, a Sofía arrodillada ante mí, su cuerpo temblando de placer y sumisión.

La hija del alcalde se había convertido en mi juguete favorito, un trofeo que exhibía cada vez que Villalobos me entregaba el dinero.

–¿Sabes qué es la fe, Mateo? –pregunté mientras le entregaba una copa–. Es el control disfrazado de devoción.

El muchacho me miró confundido, su cerebro simple intentando procesar mis palabras. Me reí a carcajadas, el sonido resonando en las paredes de lo que antes era casa de Dios. Ahora era mi trono, mi centro de operaciones.

–Bebamos –dije levantando mi copa–. Por la redención. La mía, claro está.

El licor me quemó la garganta, un recordatorio de que estaba vivo, libre y rico. Por primera vez en quince años, no sentía miedo, solo un delirio de grandeza que me consumía.

La puerta se abrió de golpe. El comisario Ramírez entró con su arrogancia habitual, su mano siempre cerca de la pistola. Su presencia irritaba mi borrachera de poder.

–Padre, –dijo con su voz ronca–. Necesito hablar con usted. A solas.

Hice una seña a Mateo para que se retirara. El muchacho casi corrió, asustado por la autoridad policial. Ramírez se sentó frente a mí con sus ojos examinando los fajos sobre la mesa.

–Parece que Dios le ha sonreído, Padre –dijo con sarcasmo.

–Dios sonríe a quienes se toman el trabajo de hacerlo, –respondí sirviendo otra copa–. ¿Qué quieres, comisario? Estoy ocupado contando mi diezmo.

–Hay problemas en la frontera, –dijo su voz perdiendo el tono arrogante–. La competencia se está moviendo. Necesito más hombres, más armas. Más dinero.

Me recosté en la silla, cruzando las piernas sobre el escritorio. El comisario sudaba, su poder disminuyendo con cada segundo que pasaba.

–¿Competencia? –dije con una risa baja–. ¿Acaso crees que me importa? Tú te encargas del negocio, yo de cobrar.

–Pero si nos quitan el territorio, no habrá nada que cobrar, –insistió Ramírez, su frustración creciendo–. Necesito autorización para mover más producto, para ampliar las rutas.

Me levanté lentamente, rodeando la mesa hasta posicionarme detrás de él. Apoyé mis manos en sus hombros, sintiendo cómo se tensaba bajo mi toque.

–Comisario, –murmuré cerca de su oído–. Estas perdiendo tu tiempo arrodillado aquí, compra lo que tengas que comprar, manda a quien tengas que mandar pero, si pierdes ese territorio ten la seguridad de que estarás en mis plegarias y quizá te dedique uno que otro sermón dominical.

Su cuerpo tembló ligeramente. El miedo era mi mejor aliado, más efectivo que cualquier amenaza directa.

–Una cosa más –continué–. Recuerda, que el treinta por ciento es de la casa de Dios, eso no lo toques, Si fallas, te aseguro que tu final

será peor que el del pobre Hernández.

Se fue sin otra palabra, su cola entre las piernas. El poder era delicioso, una droga que nunca dejaría de consumir.

Esa noche, la iglesia estaba vacía excepto por mí y las sombras danzantes de las velas. Caminé por la nave, mis dedos rozando los bancos de madera donde los pecadores se arrodillaban cada domingo. El olor a cera vieja y a desesperación me embriagaba más que el whisky.

–¿Disfrutando de tu reino, Padre? –una voz femenina me sobresaltó.

Sofía apareció detrás de una columna, vestida de negro como una viuda. Su belleza me golpeó como un puño, una mezcla de inocencia y corrupción que me excitaba.

–Mi reino, tu cuerpo, el dinero del pueblo –dije acercándome–. ¿Qué más podría pedir un hombre?

–¿Poder real? –respondió con una sonrisa astuta–. No este juego del sacerdote y los pecadores.

La agarré del brazo, mi ira explotando. ¿Quién se creía esa muchacha para cuestionarme?

–¿Juego? –grité mi voz resonando en el silencio de la iglesia–. ¿Juego? Te mostraré qué es el poder, pequeña perra.

La arrastré hacia el confesionario, mi excitación mezclándose con la rabia. La tiré dentro, siguiéndola yo. La cerré a golpes, el eco resonando como un trueno.

–¿Te gusta? –pregunté mientras la desvestía con violencia–. ¿Te gusta estar atrapada conmigo?

Sus ojos brillaban con miedo y deseo, una combinación que me volvía loco. La tomé contra la madera del confesionario, cada embestida más violenta que la anterior. Sus gemidos llenaban el espacio sagrado, una sinfonía de sumisión y placer.

La tarde siguiente, Dolores entró a la iglesia. La viuda de sesenta años se arrodilló ante mí, sus ojos llenos de lágrimas.

–Padre, he pecado –dijo, su voz temblando–. He tenido pensamientos impuros, deseos que una mujer de mi edad no debería tener.

–Dios perdona todos los pecados, hija –dije con voz suave y manipuladora–. Cuénteme todo. No hay nada que Él no pueda perdonar.

Sus confesiones se volvieron más explícitas, más detalladas. Me habló de sus fantasías con el joven sacristán, de sus deseos por el alcalde. Escuché con atención, guardando cada palabra en mi memoria. El conocimiento era poder, y yo lo acumulaba con cada confesión.

–Dios la perdona, hija, –dije cuando terminó–. Pero debe hacer penitencia, reúne a las mujeres del pueblo mañana para una oración especial. Su presencia es obligatoria.

Asintió, aliviada. No sabía que estaba entregando su alma, y la de todo el pueblo, en mis manos.

Al día siguiente, la iglesia estaba llena. Las mujeres del pueblo se arrodillaban ante mí, sus rostros llenos de devoción. Me paré ante el

altar, mi voz resonando en el silencio sagrado.

–Hermanas –dije, mi voz llena de falsa compasión–. He sido testigo de sus pecados, de sus dolores, de sus deseos ocultos. Dios me ha enviado para guiarlas, para salvarlas de la tentación que las rodea.

Miré a Sofía, sentada en la primera fila. Sus ojos brillaban de orgullo, su cuerpo erecto y desafiante. Era mi obra maestra, mi creación más perfecta.

–Pero el pecado está en todas partes, –continué–. En sus hogares, en sus camas, en sus corazones. Sus esposos, sus hijos, sus autoridades... todos han caído en la tentación y es vuestro deber, como mujeres de fe, combatirlo.

El comisario Ramírez y el alcalde Villalobos entraron en ese momento, sus rostros preocupados. No esperaban encontrarse con una reunión de mujeres, ni con mi discurso.

–Padre, ¿qué significa esto? –preguntó el alcalde, su voz tensa.

–Significa que el pueblo necesita purificación, alcalde –dije, sonriendo–. Una limpieza espiritual que solo puede ser liderada por las mujeres. Ellas son las guardianas de la moral, las protectoras de la fe.

Las mujeres miraron a sus maridos con desprecio, sus ojos llenos de un nuevo poder. Les había dado armas, les había mostrado cómo usarlas. El pueblo estaba a punto de estallar, y yo era el detonador.

–Esto es una locura, –dijo el comisario, su mano cerca de la pistola–. No podemos permitirlo.

–¿No permitirlo? –dije, riendo–. ¿Quién es usted para decidir lo que Dios permite y lo que no?

Ramírez se puso pálido, su mirada de pánico recorriendo el rostro de las mujeres. Ellas ahora lo miraban con odio, con desprecio. Les había dado el poder, y ellas lo usarían.

–Padre, por favor –suplicó el alcalde–. No destruya todo lo que hemos construido.

–¿Construido? –dije, mi voz llena de sarcasmo–. ¿Acaso llamas construcción a este nido de corrupción, a esta farsa de moralidad? No, alcalde. Esto no es construcción. Esto es destrucción. Y yo soy el agente de Dios.

El comisario sacó su pistola, pero antes de que pudiera usarla, las mujeres se levantaron. Como un solo cuerpo, avanzaron hacia él, sus rostros llenos de furia. Lo rodearon, sus manos agarrándolo, sus voces gritando acusaciones.

–¡Asesino! –gritó Dolores–. ¡Corrupto! ¡Pecador!

Ramírez intentó luchar, pero era inútil. Las mujeres lo derribaron, sus manos desgarrando su uniforme, sus uñas arañando su rostro. El alcalde intentó intervenir, pero fue detenido por su propia hija.

–No, padre, –dijo Sofía, su voz fría y desafiante–. Tu tiempo ha terminado. Ahora el poder es nuestro.

Lo miré, asombrado. Sofía había tomado el control, había superado mis expectativas. La muchacha del internado de monjas se había convertido en una reina, en una líder.

–¿Qué has hecho? –pregunté, mi voz temblando ligeramente.

–Lo que tú enseñaste, Padre –respondió, sonriendo–. He tomado el poder. He convertido a las mujeres en un ejército. Y ahora, el pueblo es nuestro.

Me quedé en silencio, observando cómo las mujeres arrastraban al comisario y al alcalde hacia la plaza. El pueblo estaba en llamas, y yo había encendido la mecha.

El poder me había enloquecido, me había cegado. Y ahora, mi creación se había vuelto contra mí.

–¿Qué haremos ahora, Padre? –preguntó Sofía, su voz llena de triunfo.

–Ahora –dije, recuperando la compostura–. Ahora tomaremos el control. Del pueblo, del dinero, de todo. Santa María de la Sangre nos pertenece.

Sofía sonrió, sus ojos brillando de ambición. Juntos, caminamos hacia la plaza, hacia nuestro nuevo reino. El poder nos había corrompido, nos había transformado en monstruos. Y nos encantaba.

La plaza era un espectáculo de caos divino. Las mujeres, mis apóstoles de la venganza, habían atado a Ramírez y a Villalobos a la fuente central. Sus rostros, antes de poder y arrogancia, ahora eran máscaras de pánico y humillación.

El pueblo entero había salido a presenciar el juicio, un circo de justicia popular orquestado por mí desde el púlpito.

–¡Confiesen! –gritó Dolores, su voz de soprano convertida en un rugido–. ¡Confiesen sus pecados ante Dios y ante Santa María!

Sofía se paró junto a mí, su mano encontrando la mía con una familiaridad que me erizó la piel. No era la sumisión de la noche anterior, sino la de una socia, una cómplice en esta deliciosa tiranía.

–¿Lo ves? –susurró, su aliento caliente en mi orejilla–. No necesitas tus amenazas. Les dimos una causa, un enemigo común. Son nuestras ahora.

Tenía razón. El miedo que había instilado individualmente en cada habitante se había transformado en un frenesí colectivo.

Una mujer lanzó una piedra que rebotó en el brazo del comisario. Otra le escupió al alcalde. La violencia, una vez liberada, era una bestia difícil de controlar. Y yo, su amo, sentía el vértigo de haber creado algo más grande y salvaje que yo mismo.

–¡Basta! –mi voz cortó el aire, autoritaria y final–. La penitencia no es el linchamiento. La penitencia es la servidumbre.

El silencio cayó sobre la plaza. Todos los ojos se fijaron en mí.

–A partir de hoy –continué, mi voz resonando en el nuevo orden–, el comisario Ramírez limpiará las calles de este pueblo cada mañana. Con sus manos. Y el alcalde Villalobos reparará cada casa dañada por su negligencia. Sus salarios serán donados a la iglesia. Para la obra de Dios, por supuesto.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. La obra de Dios. Mi obra.

–¡Padre Ceguera! –gritó un hombre desde la multitud–. ¡Padre Ceguera nos ha liberado!

El nombre resonó, un bautismo de fuego. Ya no era el farsante escondido tras una sotana. Era Padre Ceguera, el salvador. El poder

me había dado una identidad nueva y más sólida que la que alguna vez tuve.

Esa noche, la iglesia no olía a incienso y desesperación. Olía a dinero y a victoria. Sobre el escritorio del despacho parroquial, junto a mi whisky, había una nueva montaña de billetes. El tributo del comisario, del alcalde, de los comerciantes aterrorizados. El pueblo entero financiaba mi delirio.

–¿Te imaginas esto en la capital? –dije, mostrándole el dinero a Sofía, que me observaba desde el umbral–. No un pueblo miserable, sino una diócesis entera. Una ciudad.

Se acercó, su vestido rozando mis piernas. Tomó un fajo de billetes y lo acarició como si fuera a un amante.

–¿Y después? –preguntó, sus ojos brillando con una ambición que igualaba la mía–. ¿El obispado? ¿Roma?

La idea me golpeó como un rayo. Roma. El Vaticano. El poder supremo. No era un delirio, era una posibilidad. Un camino que se abría ante mí, pavimentado con el miedo y la sumisión de los hombres.

–Quizás –respondí, mi mente ya trabajando en el plan–. Pero primero, consolidamos esto. Santa María de la Sangre de Cristo será nuestro ejemplo. Nuestra prueba de concepto.

La tomé por la cintura, acercándola hacia mí. Su cuerpo respondió al mío, pero esta vez, no era yo quien dominaba la danza. Era un pacto entre iguales, una unión de dos depredadores que habían encontrado en el otro a su único igual.

–Tú y yo –dije, mi voz baja y peligrosa–. Haremos historia, pequeña perra.

–No –respondió ella, sus dedos trazando círculos en mi pecho–. Tú y yo seremos la historia.

La puerta del despacho se abrió. Mateo entró trayendo consigo un sobre.

–Padre, –dijo, su voz casi un susurro–. Le ha llegado esta carta por correo.

–i¿Correo?! –Pregunte con ironía– ¿En que año estamos? ¿en la edad media? Dámela.

El chico obedeció.

Tome el sobre y fue cuando el nombre del remitente del me heló la sangre. Obispo Silanes.

Sofía sintió mi tensión. Su mano se apretó en mi hombro, un gesto de apoyo que también era una advertencia. No podía mostrar debilidad.

–¿Qué pasa? –preguntó.

Levanté la vista, mi máscara de santo de nuevo en su lugar. El miedo se había convertido en adrenalina pura, en un desafío que despertaba mi instinto de supervivencia.

Miré a Mateo, al dinero sobre el escritorio, a la iglesia que se había convertido en mi fortaleza. El juego había cambiado.

Ya no se trataba de controlar a un pueblo de idiotas. Se trataba de engañar a la propia Iglesia y eso era diferente.

–Retírate, Mateo –ordené, mi voz resonando con una nueva autoridad.

El chico se fue, su fe ciega protegiéndolo de la verdad que se avecinaba. Me quedé solo con Sofía, el silencio de la iglesia pesando sobre nosotros.

–¿Creo que esta usted en problemas? Padre Martínez, –Dijo con sarcasmo–, o ¿Debería decir Padre Ceguera?

Dirigí mi mirada hacia ella sorprendido.

–No me veas asi, –dijo con una sonrisa–, tu también hurgaste en mis secretos y dejar tu placa de convicto y la tarjeta de la prisión en tu auto no fue una buena idea, aunque si quieres mi ayuda yo quiero respuestas o prefieres que vayamos al confesionario.

–Está bien, –Asentí aceptando la derrota y procedí a contarle todo, o casi todo, quien era yo, porque había estado preso, como había escapado, lo único que omití decirle es que el padre Ignacio estaba muerto, solo le dije que había robado el vehículo de una gasolinera.

–no te preocupes, –me dijo, si quisiera entregarte ya no estarías aquí, ambos tenemos la misma ambición y juntos seremos imparables.

9. La Amenaza

El papel pesaba más que el oro. El sobre blanco, con el sello episcopal grabado en lacre rojo, yacía sobre mi escritorio como una sentencia de muerte.

Mateo lo había entregado con una sonrisa tonta, sin comprender que en ese sobre viajaba el fin de mi reinado.

Lo abrí con una calma que no sentía, mis dedos temblando apenas al romper el sello.

La caligrafía era elegante, fluida, la de un hombre acostumbrado a mandar.

Mi querido Ignacio, amigo mío de toda la vida...

Las palabras me quemaron los ojos. *amigo mío de toda la vida*. Un nudo se formó en mi garganta, un pánico frío y visceral que se apoderó de mis entrañas.

Llevo tiempo sin noticias tuyas y me preocupa tu silencio. Por eso, he decidido hacerte una visita personal. Dentro de un par de semanas estaré en Santa María de la Sangre de Cristo para bendecir tu trabajo y si Dios lo quiere, para conversar como antaño, con una buena botella de ese brandy que tanto te gusta. Tu amigo en Cristo, Silanes.

Dejé la carta caer sobre el escritorio. El sonido del papel contra la madera resonó en mi cabeza como el golpe de un martillo.

Dos semanas. Tenía dos semanas antes de que el verdadero amigo del hombre que había roto el cuello y aventado por un acantilado

llegara a desenmascararme.

El poder, ese líquido caliente que corría por mis venas, se había congelado de repente.

El control absoluto que ejercía sobre el pueblo se sentía frágil, una delgada capa de hielo a punto de romperse bajo mi peso.

Me levanté y comencé a caminar por el despacho con mis pasos inquietos rompiendo el silencio sagrado.

Mi mente, esa herramienta afilada que me había permitido manipular a todos, ahora era un torbellino de pensamientos caóticos.

Huir. La idea me golpeó con la fuerza de una revelación. Podía desaparecer con el dinero, dejar atrás este pueblo de idiotas y empezar de nuevo en otro lugar. Pero ¿a dónde? El dinero servía para comprar lealtad, pero no para comprar una nueva identidad, no para borrar los setenta años de condena que pesaban sobre mi cabeza.

El plan se desmoronaba. Huir era el acto de un cobarde, de un hombre que nunca había poseído el poder real. Y yo, lo poseía. Lo saboreaba cada día, en cada confesión, en cada billete que el alcalde me entregaba con los ojos bajos.

No podía renunciar a ello. No podía volver a ser Marco Ceguera, el convicto anónimo esperando la muerte en una celda de dos por tres.

La puerta se abrió. Sofía entró, su gracia felina rompiendo mi trance. Me miró, sus ojos analizando mi rostro, leyendo el pánico que intentaba ocultar.

–¿Qué pasa? –preguntó, su voz suave pero firme–. Tienes esa cara de que vas a hacer algo estúpido.

Me reí, un sonido seco, sin alegría. Ella siempre sabía cómo leerme, cómo desarmarme con sus palabras.

–Tenemos un problema, pequeña perra –dije, entregándole la carta–. Un problema con sotana y anillo episcopal.

La leyó, sus cejas frunciéndose en concentración. A diferencia de mí, ella no mostraba pánico. Solo una curiosidad fría, calculadora.

–Interesante –dijo cuando terminó, dejando la carta sobre el escritorio–. Un obispo. Un amigo de tu... "predecesor". ¿Y qué piensas hacer, Padre? ¿Rezar?

Su sarcasmo me sacó de mi estupidez. Tenía razón. El pánico era un lujo que no podía permitirme. Necesitaba un plan. Pero mi mente seguía siendo un torbellino de ideas fallidas.

–Podría enfermar, –dije, más para mí que para ella–. Una enfermedad contagiosa. Algo que justifique mi ausencia.

Sofía se rio, un sonido cristalino que me irritó y me excitó a la vez.

–¿Y crees que un obispo no enviará a otro sacerdote? ¿O un médico? Necesitamos algo mejor, algo permanente.

–¿Permanente? –pregunté, mi mente trabajando de nuevo–. ¿Como qué?

–Como un accidente, –dijo ella, sus ojos brillando con una luz peligrosa–. Un accidente de carretera, un asalto, un desgraciado percance. Los obispos son mortales, ¿no?

La idea me tentó. La violencia siempre había sido mi lenguaje, mi solución a los problemas. Pero matar a un obispo... eso era diferente.

Eso atraería la atención de la Iglesia, de las autoridades. Un asesinato así no se podía ocultar, no se podía justificar con la corrupción de un pueblo olvidado.

–Demasiado arriesgado –dije, negando con la cabeza–. Necesitamos algo más sutil, algo que no levante sospechas.

–¿Como qué? –insistió Sofía, su paciencia agotándose–. ¿Una conversación amistosa? ¿Acaso vas a confesarle tus pecados?

Su ironía me golpeó como un látigo. Tenía razón. Estaba perdiendo el control, dejando que el miedo nublara mi juicio. El poder no era solo el control sobre los demás, era el control sobre uno mismo. Y yo lo estaba perdiendo.

–Necesito tiempo –dije, mi voz más firme–. Tiempo para pensar, para planear.

–No tienes tiempo –respondió ella, acercándose–. Tienes dos semanas.

Me miró fijamente, sus ojos llenos de un desafío que me excitaba. No estaba sola en esto. Su poder estaba ligado al mío, y ella lo sabía. Su supervivencia dependía de la mía.

–Entonces tendremos que acelerar las cosas –dije con mi mente ya trabajando de nuevo–. Necesitamos más control, más poder. Si el obispo encuentra un pueblo unido, devoto, próspero, no tendrá motivos para sospechar. Si encuentra un caos, un desorden, buscará culpables.

–¿Y cómo conseguimos eso? –preguntó Sofía, su voz llena de interés.

–Con dinero –dije, sonriendo–. Con miedo. Con fe. Las tres cosas que mueven al mundo y las tres cosas que controlamos nosotros.

La tomé por la cintura, acercándola hacia mí. Su cuerpo respondió al mío, pero esta vez, no era deseo lo que sentía, sino una necesidad desesperada de aferrarme a algo, a alguien, en medio de la tormenta que se avecinaba.

–Haremos de Santa María de la Sangre un paraíso –murmuré en su oído–. Un modelo de devoción y prosperidad. Un monumento a nuestro poder. Y cuando el obispo llegue, se arrodillará ante nosotros, sin saber que adora a dos demonios.

Sofía sonrió, sus ojos brillando con una ambición que igualaba la mía. Juntos, podíamos hacerlo. Juntos, podíamos engañar a Dios mismo.

–¿Y si no funciona? –preguntó, su voz baja, casi un susurro–. ¿Si te descubre?

La miré fijamente, mi máscara de santo de nuevo en su lugar. El miedo seguía ahí, frío y visceral, pero ahora era un combustible, una motivación.

–Entonces quemaremos este pueblo –dije, mi voz fría y peligrosa–. Y nos iremos entre las cenizas. Pero no perderemos, Sofía. Prefiero la muerte a volver a ser lo que era.

Ella me besó, un beso largo y profundo, un pacto sellado con saliva y deseo. El miedo a perder el poder se había transformado en una obsesión, en una sed que solo podía ser saciada con más poder, más

control. Y yo bebería hasta la última gota, incluso si eso me llevaba al infierno.

10. Prisión Invisible

El pánico me atravesó como lanza espartana, la idea se convirtió en una obsesión. Abandonar Santa María de la Sangre. No con maletas y dinero robado, sino con discreción, como un hombre que cumple su ciclo y es reasignado.

Fabricaría una carta del Vaticano, una transferencia a otra parroquia lejana. Nadie cuestionaría la palabra de un sacerdote, menos aún la mía, el Padre Martínez, el milagroso redentor del pueblo.

Era el plan perfecto, la única salida viable antes de que Silanes llegara y destapara mi cadáver.

La madrugada del tercer día, con el peso de la decisión en mis hombros, me vestí con mi mejor sotana. No llevaría nada más.

El dinero, mi fortaleza, se quedaría atrás. Era una lastimadura al ego, un sacrificio necesario por la libertad.

Caminé hacia la puerta de la iglesia, mi corazón martilleando un ritmo de escape. La puerta chirrió al abrirla, un sonido que nunca antes me había molestado pero que ahora sonaba como una alarma.

–Padre, ¿a dónde va tan temprano?

La voz de Carmela me heló la sangre. Estaba allí, fregando el suelo de la entrada con su presencia siendo una barrera infranqueable.

–El Señor me llama, Carmela –respondí con voz más serena de lo que me sentía–. Debo visitar a Dolores, no ha venido a misa y temo por su alma.

La mentira salió fluida, practicada. Carmela asintió sin levantar la vista, pero su cuerpo se tensó. Vi cómo sus dedos apretaban el trapo mojado.

–Dios la guíe, Padre –murmuró–. Pero el camino hacia la casa de Dolores está en la otra dirección.

Me quedé quieto. El pánico, ese viejo enemigo, me aferró la garganta, me dio la vuelta, me estaba vigilando.

–Tienes razón, hija mía –dije con una sonrisa forzada–. La oración me ha nublado la mente. Iré por la otra salida, la del patio trasero.

Caminé hacia atrás, hacia el interior de mi prisión. El patio trasero tampoco era una salida. Lo sabía. Lo recordé de las confesiones de Ricardo, el comerciante.

La pared trasera daba al terreno de los Hernández, una familia la cual el patriarca juró vigilar día y noche después de que su hija se fugara con un forastero. Cada salida estaba bloqueada, no por rejas, sino por ojos.

Regresé a mi despacho y cerré la puerta con un golpe seco. El whisky me esperaba sobre el escritorio, mi único confidente. Lo serví con mi mano temblando ligeramente.

La prisión invisible se estaba cerrando sobre mí. El poder que había anhelado, el control que había ejercido con tanta delicadeza, se había vuelto una red de la que yo era la presa principal.

–¿Perdiste el camino, Padre?

Sofía estaba en la puerta, su silueta recortada por la luz de la vela. Llevaba un vestido negro que la hacía parecer a una viuda elegante,

una dama de la mafia.

–No perdí el camino –dije, bebiendo un sorbo largo–. Descubrí que no hay ninguno.

Se acercó, sus movimientos felinos, y tomó la copa de mis manos. Bebió de ella, después clavo sus ojos fijos en los míos.

–¿Te sorprende? –preguntó, su voz un susurro venenoso–. ¿Acaso pensaste que el pueblo te dejaría ir? Eres nuestra gallina de los huevos de oro, nuestro santo particular. Te pertenecemos, pero tambien nos perteneces.

La idea me golpeó como un puño. No era solo el alcalde o el comisario. Era todo el pueblo. Cada confesión, cada secreto arrancado en el confesionario, había sido un hilo con el que tejían mi jaula.

Dolores, con su obsesión por el joven sacristán; Isabel, con sus infidelidades; Ricardo, con sus negocios turbios. Todos tenían algo que perder, y todos dependían de mí para guardar sus secretos.

–¿Tú también? –pregunté, mi voz baja–. ¿Eres mi carcelera?

Ella sonrió, una expresión cruel y hermosa.

–Soy tu cómplice, –dijo, acariciando mi mejilla–. Y tu cómplice no te dejará ir. ¿Te imaginas lo que pasaría si te fueras? Sin ti para mantener el orden, el pueblo se desmoronaría. Los secretos saldrían a la luz, las acusaciones volarían. Mi padre, el comisario, todos irían a la cárcel y yo... yo me convertiría en la hija del alcalde corrupto, la chica del internado que se acostó con el falso sacerdote. Mi reputación sería destruida.

La entendí. No era solo poder lo que la mantenía a mi lado. Era miedo. El mismo miedo que sentía yo, pero canalizado de una forma diferente, más posesiva.

–Entonces estamos atrapados –dije, riendo–. Tú y yo, los reyes de un maldito reino de barro.

–No estamos atrapados –replicó ella, sus ojos brillando con una nueva idea–. Estamos en una posición de poder. El obispo viene, ¿verdad? Bien. Que venga. Le mostraremos un pueblo unido, un pueblo devoto. Un pueblo que adora a su sacerdote. Le mentiremos a la cara, como le hemos mentido a todos.

La idea era descabellada, arriesgada, pero era la única que teníamos. Mentirle a un obispo, a un hombre que conocía al verdadero Padre Ignacio, era como jugar con fuego sagrado.

–Y si nos descubre –dije, mi voz llena de una emoción peligrosa–. Si ve a través de nuestra farsa.

–Entonces quemaremos este pueblo con nosotros dentro, –dijo ella mientras sus labios encontraban los míos–. Pero no lo haremos. Eres el mejor actor que he conocido, Padre y yo soy la mejor directora. Juntos, le daremos el espectáculo de su vida.

La besé con violencia, con deseo, con el pánico y la excitación. La prisión invisible se sentía menos como una condena y más como un desafío. Un juego de alto riesgo donde el premio era la vida misma.

–Necesitamos aliados –dije cuando nos separamos, mi mente trabajando de nuevo–. Fuerte de este pueblo. Gente que sepa mentir, que sepa callar.

–Ya los tienes –respondió Sofía–. Todos. Cada pecador que ha confesado en tu confesionario es un aliado potencial. Solo necesitas recordárselo.

Tenía razón. El poder no era solo el dinero o el control. Era el conocimiento. Y yo tenía el conocimiento de cada alma en este pueblo. Eran mis marionetas, y yo era su titiritero.

–Que venga el obispo –dije, sonriendo–. Santa María de la Sangre lo recibirá con los brazos abiertos y con una mentira tan grande que se convertirá en verdad.

Sofía se rio, el sonido llenó el despacho, una mezcla de locura y poder. La prisión invisible seguía ahí, pero ahora tenía una llave, una llave hecha de mentiras, corrupción y un deseo insaciable de sobrevivir y yo estaba dispuesto a usarla, sin importar el costo.

11. El Juego de Poder

La prisión invisible se convirtió en mi tablero de juego. Si no podía escapar, entonces gobernaría desde dentro.

La fuga era para los cobardes, para los hombres que temían al poder. Yo no lo temía, lo adoraba. Abandone entonces la idea de uir, reemplazada por un plan más audaz, más peligroso: consolidar mi reinado y desafiar al obispo en su propio terreno.

–Necesito a tu padre –le dije a Sofía, que se desperezaba en mi cama como una pantera satisfecha–. Y al comisario. Ahora mismo.

Ella me miró con sus ojos aún empañados por el placer, pero su mente ya trabajando.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó, su voz un susurro ronco–. ¿Chantajearlos? Ya tienen miedo de ti, Padre. Demasiado miedo.

–El miedo es útil, pero la lealtad es mejor –respondí, vistiéndome con la sotana que se había convertido en mi piel–. Necesito que no solo me teman, que me necesiten. Que crean que, sin ellos, el pueblo se derrumba, pero que, sin mí, sus almas se queman en el infierno.

Una hora después, el alcalde Villalobos y el comisario Ramírez estaban frente a mí en el despacho parroquial. Su postura era defensiva, sus manos ocultas, sus ojos evitando el mío. Olían a miedo y a whisky barato.

–Padre Martínez –dijo el alcalde con una voz forzadamente respetuosa–. Nos hizo llamar. Esperamos que no haya ningún problema.

–Al contrario, alcalde –dije, sonriendo–. He llamado a ustedes para ofrecerles una solución. A todos nosotros.

Me levanté y me paré detrás del escritorio, mis manos apoyadas en la madera pulida. El dinero, mi dinero, estaba apilado a la vista, un recordatorio silencioso de mi poder.

–El Obispo Silanes viene –dije, dejando que las palabras flotaran en el aire, pesadas como una condena–. Viene a revisar mi trabajo. A revisar nuestro trabajo.

El comisario y el alcalde se miraron, el pánico reflejado en sus rostros. Sabían lo que significaba. Una investigación eclesiástica podría destapar sus negocios, su corrupción, sus vidas secretas.

–No podemos permitirlo –dijo Ramírez, su voz tensa–. Si empieza a hurgar...

–No hurgará nada –lo interrumpí–. Porque le daremos exactamente lo que quiere ver. Un pueblo renovado, una parroquia próspera, un sacerdote devoto. Le daremos un milagro.

–¿Un milagro? –preguntó Villalobos, su escepticismo mezclado con la desesperación–. ¿Y cómo pretende hacer eso?

–Con dinero –dije simplemente–. Con su dinero. Repararemos la iglesia, construiremos una escuela, ayudaremos a los pobres. Santa María de la Sangre se convertirá en un faro de fe y caridad.

El comisario abrió la boca para protestar, pero lo callé con una mirada.

–No solo eso –continué–. Ustedes, alcalde, donará una parte de su fortuna personal para financiar estas obras. Y usted, comisario,

asegurará que el orden reine en nuestras calles.

Quiero que este pueblo parezca el paraíso en la tierra, que cada habitante sonría, que cada niño esté limpio, que cada mujer vista con modestia. Quiero una farsa perfecta.

–¡Es una locura! –explotó Ramírez–. ¡Estás pidiendo que renunciemos a todo! ¡A nuestro dinero, a nuestro poder!

–No –dije, mi voz fría como el acero–. Les estoy pidiendo que inviertan en su supervivencia. Si el obispo encuentra lo que espero que encuentre, todos iremos a la cárcel o peor. Pero si le damos el espectáculo que busca, no solo nos dejará en paz. Nos recompensará. Con su bendición, con su apoyo. Con más poder.

Los dejé pensar, sabiendo que no tenían otra opción. Eran ratas acorraladas, y yo les ofrecía un queso envenenado que no podían rechazar.

–¿Y si lo descubren? –preguntó el alcalde, su voz baja–. ¿Si el obispo se da cuenta de que todo es una mentira?

–Sera mejor que no sea asi, si yo fallo asumiré los resultados, pero si ustedes fallan todo caerá sobre ustedes, –dije, sin pestañear–. La gente adora los mártires, ahí tienes a nuestro señor, la prensa venderá bien la historia del alcalde corrupto que manipuló a un pobre sacerdote para salvar su pellejo.

El silencio era denso, pesado. Sabían que podía hacerlo. Sabía que mi palabra era ley en este pueblo, que mi control sobre las personas de fe era un arma más poderosa que cualquier pistola.

–De acuerdo, –dijo finalmente el alcalde, su voz derrotada–. Haremos lo que pide, Padre.

El juego de poder había comenzado, y yo era el jugador principal.

Esa noche, celebré mi victoria. La iglesia estaba vacía, silenciosa, excepto por los gemidos de Sofía, arrodillada ante mí en el confesionario. La tomé con violencia, mi excitación mezclándose con el poder, cada embestida una afirmación de mi dominio.

–Eres mía –grité, mi cuerpo temblando contra el suyo–. El pueblo es mío. Todo es mío.

–Sí, Padre –gimió ella, sus uñas arañando la madera del confesionario–. Todo es tuyo.

La satisfacción fue abrumadora, una ola de placer y control que me consumió. Había ganado, al menos por ahora.

El obispo vendría y encontraría mi paraíso falso y se iría, convencido de mi santidad y yo seguiría gobernando, mi poder más fuerte que nunca.

Pero cuando terminamos, cuando nos arreglamos y salimos del confesionario, vi algo que me heló la sangre.

Mateo, el joven sacristán, nos observaba desde la sombra del altar. Sus ojos estaban abiertos, llenos de horror y comprensión. No había duda. Nos había visto. Nos había oído.

–Mateo, –dije, mi voz firme, sin una pizca del pánico que sentía–. Ven aquí.

El chico se acercó con su cuerpo temblando y su rostro pálido. No dijo nada, solo me miró con esos ojos acusadores.

–¿Viste algo, muchacho? –pregunté con voz suave, peligrosa.

Negó con la cabeza, demasiado rápido. Su mentira era evidente, patética.

–No, Padre –dijo, su voz temblando–. Solo... solo estaba rezando.

Me reí, un sonido seco, cruel. Sabía la verdad. Y sabía que él sabía que yo sabía. El juego de poder se había complicado. Tenía un nuevo adversario. Y este no era corrupto ni cobarde. Era un creyente. Y la fe era el arma más peligrosa de todas.

–Vete a tu cama, Mateo –dije, dándole la espalda–. Y ruega a Dios por tu alma. Porque la mía, ya está perdida.

12. La Resistencia de Sofía

El amanecer trajo una muerte y una traición. Mateo, el joven sacristán, colgaba de una cuerda en su celda, su rostro pálido y sus ojos abiertos en un grito mudo. El comisario Ramírez, con su uniforme arrugado y ojos inyectados de sangre, me dio la noticia.

–Padre, fue un suicidio –dijo, su voz temblando ligeramente–. El chico se ahorcó anoche. No pudimos hacer nada.

Lo miré, sabiendo que mentía. La muerte de Mateo era un mensaje, una advertencia y yo sabía exactamente de quién venía.

–Gracias, comisario –dije, mi voz fría, controlada–. Haré los arreglos necesarios. Que su alma descanse en paz.

Cerré la puerta de la celda, dejando atrás el cuerpo sin vida de Mateo. El juego de poder se había complicado. Sofía, mi socia, mi amante, mi prisionera, estaba jugando su propia partida. Y yo, como siempre, estaba un paso atrás.

Regresé a la iglesia, mis pasos resonaron en el silencio sagrado. Sofía me esperaba en el despacho, su postura rígida, su rostro con una máscara de indiferencia. Pero sus ojos... sus ojos brillaban con un fuego que no había visto antes.

–Lo hiciste, ¿verdad? –pregunté, cerrando la puerta detrás de mí–. Lo mataste. A Mateo.

Ella se rio, un sonido sin alegría, cruel.

–Claro que no, el chico no soporto la impresión, eso es todo, –respondió, levantándose de la silla–. Imagina la escena, ver a tu

ídolo, a tu maestro, al gran sacerdote comiéndose a una mujer pecaminosa en el lugar mas sagrado de la iglesia.

La miré, sorprendido. La Sofía sumisa, la chica del internado que se arrodillaba ante mí, había desaparecido. En su lugar, estaba una mujer, una reina, dispuesta a todo por su libertad.

Sabía que mentía, había mucho en juego y si el muchacho hablaba con el obispo sería el fin, para ella y también para mí.

–Sofía –dije, mi voz suave, peligrosa–. Estás jugando un juego peligroso. Un juego que no puedes ganar.

–¿Ah, no? –replicó, acercándose–. Creo que sí. Creo que ambos sabemos que no eres nada sin mí, sin mi influencia y sin mi cuerpo.

La tomé por la cintura, atrayéndola hacia mí. Podía sentir su corazón latiendo, rápido, desesperado. Pero no retrocedió. Me miró fijamente, desafiante.

–Tu cuerpo es mío –murmuré en su oído–. Tu alma es mía. Todo es mío.

La besé con violencia, con mi deseo mezclándose con la rabia. La empujé contra el escritorio, mis manos levantaron su falda, mis dedos encontraron su calor.

La tomé con urgencia, con desesperación, cada embestida una afirmación de mi dominio, una negación de su rebelión.

–Eres mía –grité, alcanzando el clímax, mi cuerpo temblando contra el suyo–. Mía, Sofía. Siempre.

Se quedó quieta debajo de mí, su respiración agitada, sus ojos llenos de lágrimas. Pero no dijo nada. Solo me miró con un silencio más elocuente que cualquier palabra.

–¿Qué quieres, Sofía? –pregunté, apartándome, abrochándome la sotana–. ¿Dinero? ¿Poder? ¿Libertad?

–A veces solo quiero que todo esto termine –respondió quebrandose–, Volver a ser la niña inocente que jugaba libre por las calles del pueblo, la que no tenia malicia, ni ambicionaba poder o dinero.

Me reí con un sonido amargo, sin humor.

–La libertad es una ilusión, Sofía –dije, sirviéndome un whisky–. Todos estamos encadenados, de una forma u otra. Tú, yo, tu padre, el comisario. Todos somos prisioneros de nuestros deseos, de nuestros pecados.

–Entonces preferiría ser prisionera de mí misma –replicó–. No de este pueblo.

La observé, admirando su valor, su locura. Era una oponente digna, una adversaria formidable y yo, como siempre, estaba fascinado, excitado por el desafío.

–¿Y cómo piensas hacerlo? –pregunté, sentándome detrás del escritorio–. ¿Huir? ¿Con quién? ¿Con el comisario? ¿Con tu padre? Todos te traicionarán, Sofía. Todos te venderán al mejor postor.

–No subestimes mi inteligencia, Padre –dijo, sonriendo–. Puedo hacer aliados hay gente que ve con malos ojos tu control y tu chantaje.

La idea me golpeó como un puño. Había otros, otros que se rebelaban, que se organizaban contra mí. El juego de poder se había convertido en una guerra.

–¿Quiénes? –pregunté.

Ella se rio, un sonido triunfal, burlón.

–¿Crees que te lo diré? –dijo, acercándose a la puerta.

Salió del despacho, dejándome solo con mis pensamientos, con mi whisky, con mi rabia. La resistencia de Sofía era un problema, pero también una oportunidad.

Una oportunidad para demostrar mi poder, para reforzar mi control y yo, como siempre, estaba dispuesto a todo por sobrevivir.

Esa noche, me reuní con el alcalde, el comisario, Ricardo, Dolores, Isabel. Todos estaban allí, esperando mis órdenes, temiendo mi ira.

Les hable de una probable rebelión en el pueblo que podía complicar las operaciones de contrabando, solicite al comisario que investigara y al alcalde que fabricara los delitos, todo para mantener el pueblo apaciguado mientras estaba la visita del obispo.

El alcalde asintió, su lealtad había sido comprada con el miedo y el dinero. El comisario, con su pistola siempre lista, estaba de mi lado. Ricardo, con sus negocios sucios, no tenía otra opción. Dolores, con su obsesión, era mía e Isabel, con sus secretos, era una herramienta útil.

Y así, el juego de poder continuó. Una danza de traiciones, de alianzas, de sexo y violencia. Un baile donde cada paso era crucial,

donde cada movimiento podía ser el último y yo, como siempre, estaba en el centro, gobernando, manipulando, sobreviviendo.

13. El Día del Juicio

El sol caía con una intensidad abrumadora sobre Santa María de la Sangre, pero el calor que sentía era más interno, una mezcla de anticipación y miedo.

El Obispo Silanes había llegado, y con él, la posibilidad de que mi farsa se desmoronara. Lo observé desde la ventana del despacho, su figura era imponente contrastando con la sencillez del pueblo.

Sabía que debía actuar con precisión, cada movimiento, cada palabra, debía estar calculada para mantener mi tapadera.

–Padre, el Obispo Silanes ha llegado –anunció el nuevo sacristán, un chico regordete muy joven, aun sin maldad, pero me asegure que su lealtad fuera exclusivamente a mí, no a la iglesia, sino a mí.

Asentí, dándole una palmada en el hombro. El chico se retiró, y yo me preparé para enfrentar al hombre que podría descubrir mi secreto.

–Bienvenido, Obispo Silanes –dije, extendiendo mi mano con una sonrisa que esperaba fuera convincente. Sus ojos, agudos y penetrantes, me escanearon de arriba abajo, deteniéndose en mi sotana y mi cruz. Noté una chispa de sorpresa, seguida de confusión. Sabía que algo no encajaba.

–Padre, es un placer conocerlo –respondió, su voz profunda y autoritaria, pero con un matiz de duda–. Soy el Obispo Silanes. He venido a visitar a mi amigo, el Padre Ignacio. ¿Podría indicarme dónde encontrarlo?

–Ah, por supuesto, Obispo –contesté, manteniendo la calma–. Soy el Padre Marco Martinez, el nuevo sacerdote de Santa María de la Sangre. El Padre Ignacio, lamentablemente, no se encuentra aquí en este momento. Ha tenido que ausentarse por asuntos personales, el comisario le dará más información al respecto.

Silanes asintió, pero su expresión era pensativa. Sabía que debía ofrecer una explicación convincente para evitar más preguntas.

Había instruido al comisario y al alcalde para que evadieran responder cualquier pregunta que les hiciera el obispo, eso bastaría para disuadirlo.

–Entiendo –dijo, con un tono más suave, casi conspiratorio–. Y dígame, Padre Marco, ¿cuánto tiempo lleva al frente de esta parroquia?

–Llevo algunos meses aquí, Obispo –respondí, improvisando–. Se me ha encomendado la tarea de guiar a los feligreses en su ausencia. Ha sido un honor y un desafío, pero con la ayuda de Dios, he logrado mantener la fe y la esperanza en nuestro querido pueblo.

Asintió lentamente, pero noté que su mente trabajaba a toda velocidad, analizando cada una de mis palabras. Decidí cambiar de tema, ofrecerle una distracción.

–Obispo, permítame mostrarle los avances que hemos hecho en la parroquia –dije, levantándome y ofreciéndole mi brazo–. Estoy seguro de que quedará impresionado con lo que hemos logrado.

Lo guíe por la iglesia, mostrando las mejoras y los proyectos en curso. Silanes escuchaba atentamente, haciendo preguntas ocasionales, pero su mirada era escrutadora, como si buscara

señales de algo más profundo. Sabía que debía mantener la fachada, que cualquier desliz podría ser mi perdición.

–Padre, esto es admirable, –comentó, observando la nueva escuela–. Pero dígame, ¿de dónde provienen los fondos para estas obras? No veo ninguna donación significativa en los registros.

Ahí estaba, la pregunta que temía. Respiré hondo, preparándome para mentir de nuevo.

–Obispo, eso es porque no hemos recibido donaciones en efectivo, –dije, manteniendo la calma–. En su lugar, el alcalde y el comisario han sido muy generosos contribuyendo, no con dinero sino con materiales y el pueblo ha puesto la mano de obra. Son gente de fe, siempre dispuestos a trabajar en comunidad.

Asintió, pero su expresión era pensativa. Sabía que no estaba completamente convencido, que seguía sospechando. Decidí arriesgarme, ofrecerle una pequeña verdad para ganar su confianza.

–Obispo, debo confesarle algo –dije, bajando la voz–. He estado bajo una gran presión. La responsabilidad de guiar a este pueblo es abrumadora, y a veces, siento que no soy digno de tan gran tarea.

Silanes me miró con una mezcla de sorpresa y compasión. Sabía que había tocado una fibra sensible, que mi vulnerabilidad momentánea lo había desarmado.

–Padre, todos sentimos esa presión –respondió suavizando su voz–. Pero recuerde, Dios nos da las herramientas necesarias para cumplir con nuestra misión. Confíe en él, y todo saldrá bien.

Asentí, agradeciendo su comprensión. Sabía que había ganado un poco de terreno, que mi actuación había sido convincente. Pero

también sabía que la batalla estaba lejos de terminar. Silanes era un hombre astuto, y no se dejaría engañar tan fácilmente.

–Obispo, permítame ofrecerle un refrigerio –dije, cambiando de tema–. Debe estar cansado del viaje. Tenemos un excelente brandy que, estoy seguro, apreciará.

Aceptó, y lo guíe de regreso al despacho. Mientras servía las copas, noté que sus ojos seguían escaneando la habitación, buscando pistas, señales. Sabía que debía mantener la calma, que cualquier movimiento en falso podría ser mi ruina.

–Por la fe, –brindé, levantando mi copa.

–Por la fe y por Cristo nuestro salvador, –repitió, chocando su copa contra la mía. El sonido resonó en la habitación, un eco de la tensión que se cernía sobre nosotros.

Bebimos en silencio, y durante ese momento, sentí una extraña sensación de alivio. Sabía que había ganado una batalla, pero la guerra estaba lejos de terminar.

Silanes era un oponente formidable, y debía estar siempre alerta, siempre preparado para el siguiente movimiento.

–Padre, me quedaré unos días –anunció, dejando su copa sobre el escritorio–. Quiero asegurarme de que todo esté en orden y de que mi amigo Ignacio esté bien.

Asentí, escondiendo mi preocupación detrás de una sonrisa.

–Por supuesto, Obispo. Estoy a su disposición para cualquier cosa que necesite. Santa María de la Sangre de Cristo es su hogar.

Se levantó, y lo acompañé hasta la puerta. Mientras lo observaba alejarse, sentí un nudo en el estómago. Sabía que debía actuar con precisión, que cualquier error podría ser fatal. La llegada de Silanes había cambiado el juego, y ahora, más que nunca, debía estar alerta.

Regresé al despacho con mi mente trabajando a toda velocidad. Sabía que debía planear mi siguiente movimiento, que debía anticiparme a los pasos de Silanes. La batalla por el poder había comenzado, y estaba decidido a ganar, sin importar el costo.

Llame al sacristán.

–Necesito que vigiles al Obispo. Quiero saber cada uno de sus movimientos, cada conversación que tenga. ¿Entendido?

–Sí, Padre –respondió con una voz firme, nada que ver con la de Mateo. Sabía que podía confiar en él, que su lealtad era inquebrantable.

–Bien –dije, sentándome detrás del escritorio–. Ahora, a trabajar. Tenemos mucho que preparar.

Y así, con la llegada de Silanes, mi mundo se había vuelto aún más complicado, pero también más emocionante.

La lucha por el poder, la manipulación, la mentira... eran juegos que disfrutaba, y estaba dispuesto a todo para mantener mi posición.

14. Juego de Máscaras

El sol se ocultaba detrás de las montañas, tiñendo el cielo de tonos rojizos que reflejaban la sangre derramada en mis venas.

La llegada de Silanes había alterado el equilibrio del pueblo, y ahora, más que nunca, debía mantener mi fachada.

Cada movimiento, cada palabra, debía estar calculada para no levantar sospechas. Sabía que estaba jugando con fuego, pero el riesgo era parte del juego.

–Padre, el Obispo Silanes ha estado haciendo preguntas, –informó el nuevo sacristán, su voz temblando ligeramente.

–¿Qué tipo de preguntas? –inquirí,

–Sobre el Padre Ignacio, sobre usted, sobre la parroquia –respondió, con una voz casi inaudible. Sabía que debía actuar rápido, que Silanes estaba tanteando el terreno, buscando grietas en mi historia.

–Entiendo, –dije, pensando en mi siguiente movimiento–. Ve a buscar a Sofia, dile que venga a verme cuanto antes.

Había llegado la hora de hablar con Sofía, de asegurarme de que ambos estábamos en la misma página.

No paso mucho tiempo cuando su figura apareció en la puerta del despacho con su belleza ocultada bajo una capa de preocupación.

–Marco, ¿qué sucede? –preguntó de manera urgente.

–Silanes está haciendo preguntas, –expliqué–. Necesitamos ser cautelosos. Por ahora, prohibiré tus visitas a la parroquia,

encontrémonos esta noche, en las afueras del pueblo. Allí podremos hablar sin temor a ser escuchados.

Asintió, reflejando una mezcla de miedo y determinación en sus ojos. La observé alejarse con su figura desapareciendo en la penumbra del atardecer.

La noche cayó sobre Santa María de la Sangre, y con ella, la tensión que se cernía sobre nosotros. Me dirigí a las afueras del pueblo, donde Sofía me esperaba con su figura iluminada por la luz de la luna.

Nos abrazamos, buscando consuelo en la presencia del otro. La atraje hacia mí, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío. Sus labios encontraron los míos en un beso apasionado, y en ese momento, todo lo demás dejó de importar.

–Te he extrañado –susurré, mi voz ronca de deseo.

–Y yo a ti –respondió, su aliento cálido contra mi piel.

La guie hacia un claro apartado, donde la hierba alta nos proporcionaba una ilusión de privacidad.

La recosté suavemente sobre el suelo, la recorrí con mis manos explorando cada curva de su cuerpo. Su respiración se aceleró, y sus dedos se enredaron en mi cabello mientras la besaba profundamente.

–Marco, necesito sentirte –murmuró llena de anhelo. Me quité la sotana, revelando mi cuerpo desnudo, y me posicioné sobre ella. La penetré lentamente, sintiendo cómo se ajustaba a mí, cómo su cuerpo me recibía con un gemido de placer. Nos movimos juntos, nuestras respiraciones entrelazadas, perdidos en la intensidad del

momento. El mundo exterior se desvaneció, dejando solo el éxtasis de nuestra unión.

Después, yacimos juntos, nuestros cuerpos entrelazados, recuperando el aliento. Sofía se acurrucó contra mi pecho, su cabeza descansando sobre mi hombro.

–Marco, mi padre ha estado hablando con el Obispo Silanes –reveló, su voz temblando ligeramente–. Han mencionado la posibilidad de que haya algo extraño en tu llegada. Mi padre está preocupado, dice que matarle no es opción, eso atraería miradas indeseadas, gente de poder investigando.

Asentí, sabía que estaba atrapado, que cualquier movimiento en falso podría ser mi ruina. Pero también sabía que debía actuar, que la inacción solo nos llevaría a la destrucción.

–Por ahora, debemos ser cautelosos –dije, mi tono serio–. Silanes está cerca, y cualquier error podría ser fatal. Mantengamos la fachada, y con el tiempo, encontraremos una salida.

Asintió con una mezcla de miedo y determinación. Sabía que podía confiar en ella, que juntos podríamos superar este obstáculo.

Nos separamos, y regresé a la parroquia con mi mente enfocada en el siguiente movimiento.

Los días pasaron, y con ellos, la tensión crecía. Silanes seguía haciendo preguntas, y su presencia en el pueblo se volvía cada vez más opresiva.

Decidí visitar al alcalde y al comisario, asegurándome de que ambos estuvieran al tanto de la situación y dispuestos a apoyar mi historia.

–Alcalde, necesito hablar con usted –dije, entrando en su oficina sin anunciarme. Su expresión se tornó seria, y supe que entendía la gravedad de la situación.

–Por supuesto, Padre –respondió, invitándome a sentarme–. ¿En qué puedo ayudarlo?

–El Obispo Silanes está haciendo preguntas –expliqué, mi tono directo–. Necesito asegurarme de que ambos estemos en la misma página. Mi historia debe ser consistente, y su apoyo es crucial para mantener la fachada.

Asintió, su mente trabajando a toda velocidad. Sabía que podía confiar en él, que su ambición y su deseo de mantener el poder lo llevarían a apoyar mi causa.

–No se preocupe, Padre –dijo, su voz firme–. Estoy a su disposición para cualquier cosa que necesite.

Asentí, agradeciendo su apoyo. Sabía que, con él y el comisario de mi lado, tendría una mejor oportunidad de mantener mi posición. Regresé a la parroquia.

La noche cayó de nuevo, y con ella, la tensión que se cernía sobre nosotros. Me dirigí a las afueras del pueblo, donde Sofía me esperaba.

–Marco, he estado pensando –reveló, su voz temblando ligeramente–. Tal vez siempre si deberíamos considerar la posibilidad de huir. Podríamos empezar de nuevo, en un lugar donde nadie nos conozca.

Asentí, sabía que era una opción, pero también sabía que abandonar todo lo que había construido sería un gran riesgo.

Al día siguiente decidí que era hora de hablar con el comisario, de asegurarme de que estuviera dispuesto a apoyar mi causa.

–Comisario, necesito hablar con usted –dije, entrando en su oficina sin anunciarme. Su expresión se tornó seria, y supe que entendía la gravedad de la situación.

–Por supuesto, Padre –respondió, invitándome a sentarme–. ¿En qué puedo ayudarlo?

–El Obispo Silanes está haciendo preguntas –expliqué, mi tono directo–. Necesito asegurarme de que ambos estemos en la misma página. Mi historia debe ser consistente, y su apoyo es crucial para mantener la fachada.

Asintió, su ambición y su deseo de mantener el poder lo obligaban a apoyar mi causa.

Su respuesta fue la misma que la del alcalde.

–No se preocupe, Padre –dijo, su voz firme–. Estoy a su disposición para cualquier cosa que necesite.

Visité a Ricardo, el comerciante, en su tienda. Su expresión se tornó seria cuando me vio entrar, y supe que entendía la gravedad de la situación.

También Visite a Dolores y a cuánta gente pude, tenía que forjar el mayor numero de alianzas porque no quedaba mucho tiempo.

15. Ideas de Traición

La luna iluminaba el camino hacia la parroquia, pero mi mente estaba sumergida en una oscuridad que no tenía nada que envidiarle a la noche.

Sabía que algo andaba mal, que la red de mentiras que había tejido con tanto cuidado comenzaba a deshilacharse. Todo empezó con una confesión.

–Padre, necesito hablar con usted –dijo Carmela, su voz temblando ligeramente. La miré, notando la preocupación en sus ojos. Sabía que no era el momento de andarse con rodeos.

–¿Qué sucede, Carmela? –pregunté, mi tono firme pero controlado.

–Es Sofía –respondió, bajando la voz–. La escuché hablar con alguien. Mencionó algo sobre traicionarlo, sobre revelar su identidad al Obispo Silanes.

Asentí, asimilando la información. Sabía que debía actuar rápido, que cualquier vacilación podría ser fatal.

Esa noche decidí confrontar a Sofía y ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Me dirigí a las afueras del pueblo, donde sabía que la encontraría. La luna bañaba el claro con una luz plateada, creando sombras que parecían danzar a nuestro alrededor. Sofía estaba allí, su figura esbelta y elegante como siempre.

–Sofía –dije, mi voz firme–. Sé lo que estás planeando.

–Marco, yo no se… –

–No te molestes en negarlo –interrumpí, mi tono cortante–. Sé que has estado considerando traicionarme y revelar mi identidad al Obispo Silanes.

Sofía bajó la mirada, incapaz de sostener la mía.

–Es verdad –admitió, su voz apenas un susurro–. Pero no es lo que crees.

Abrí la boca para silenciarla…

–Solo escucha, –grito.

Calle para permitir que hablara.

–Mis sentimientos por ti son confusos. Te amo, pero también tengo miedo, miedo de las consecuencias y tambien miedo de perderte.

Asentí, comprendiendo su dilema. Pero también sabía que no podía permitirme ser débil. No en este juego de poder y mentiras.

–Sofía, tú y yo sabemos que no hay lugar para la debilidad en este mundo –dije, mi voz dura–. Si tu traición, si llega a ocurrir…

Ella me miró, sus ojos llenos de lágrimas. –Lo sé, Marco. Pero no quiero perderte, te necesito.

Me acerqué a ella, mis movimientos lentos y deliberados. La tomé por los hombros, sintiendo cómo temblaba bajo mi toque. –Entonces, demuéstramelo –dije, mi voz baja y peligrosa–. Demuéstrame que eres leal, que estás dispuesta a todo por mí.

Sofía asintió, un sollozo escapando de sus labios. La empujé suavemente hacia el suelo, y ella cayó de rodillas, sus manos apoyadas en la tierra fría. Me posicioné detrás de ella, mis manos enredándose en su cabello mientras la obligaba a mirar hacia arriba, hacia mí.

–Marco, por favor –suplicó llena de miedo y deseo.

–Calla, –ordené, mi voz firme–. Esto es por tu idea de traición, es tu penitencia.

Le levanté la falda, exponiendo su piel suave y pálida a la luz de la luna. La penetré con fuerza, sintiendo cómo se ajustaba a mí, cómo su cuerpo me recibía con un gemido de dolor y placer. Nos movimos juntos, mis embestidas duras y profundas, castigándola y reclamándola como mía.

–Marco –gimió, su voz entrecortada–. Te amo.

–Lo sé –respondí, mi voz ronca de deseo–. Y por eso, te perdono. Pero no olvides, Sofía, que la próxima vez, no habrá piedad.

Continué moviéndome dentro de ella, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba alrededor del mío, cómo sus gemidos se volvían más intensos y desesperados. La tomé por las caderas con mis dedos clavándose en su carne mientras la penetraba con una ferocidad que bordeaba el dolor.

–Marco, –gritó con su voz llenando la noche–. Más fuerte. Por favor.

Obedecí, mis embestidas volviéndose más rápidas y brutales, castigándola con cada movimiento. Sofía se aferró a la tierra con sus uñas clavándose en el suelo mientras se entregaba completamente a mí, a nuestro oscuro y retorcido juego de poder y deseo.

Finalmente, llegué al clímax, mi cuerpo tenso y rígido mientras me derramaba dentro de ella. Sofía se dejó caer hacia adelante, su respiración entrecortada y su cuerpo temblando con las réplicas del orgasmo.

Me retiré, observándola convulsionarse mientras se recuperaba. Sabía que había marcado un punto, que le había recordado quién tenía el control. Y también sabía que, por ahora, estaba a salvo. Sofía no me traicionaría, no sin enfrentarse a las consecuencias de su traición.

Me arrodillé junto a ella, acariciando su cabello suavemente. –Sofía –dije, mi voz más suave–. No lo olvides. Eres mía y juntos, saldremos de esto.

Ella asintió con sus ojos llenos de lágrimas.

–Lo sé, Marco. Y haré cualquier cosa por ti. Cualquier cosa.

Asentí, satisfecho con su respuesta. Sabía que había ganado esta batalla, pero también sabía que la guerra estaba lejos de terminar.

La llegada de Silanes había alterado el equilibrio, y ahora, más que nunca, debía mantener mi fachada. Pero con Sofía a mi lado, y mi red de aliados tejiendo una tela de mentiras y conspiraciones, estaba seguro de que podríamos superar cualquier obstáculo.

Regresamos a la parroquia en silencio, nuestros pasos sincronizados, nuestros pensamientos enredados en la complejidad de nuestra relación.

Sabía que había mucho por hacer, muchas piezas que mover en este juego de poder y traición. Pero por ahora, con Sofía a mi lado, me sentía invencible.

16. Todo se desmorona

El polvo se asentaba sobre los muebles del despacho como un presagio.

Los últimos días de Silanes, él había pasado varias horas en el confesionario, como un viejo lobo de mar que sabe donde se encuentra el centro del poder eclesiástico.

Escuchando confesión tras confesión y atando cabos, por supuesto no podía impedírselo, solo esperar que ninguno de los feligreses confesara algo que pudiera comprometerme.

Se fue justo después de dos semanas que para mí fueron años, pero su ausencia pesaba más que su presencia.

Su coche había desaparecido en la curva del camino, llevándose consigo la calma artificial que había mantenido a flote mi reino de mentiras.

El nuevo sacristán, un muchacho flaco y nervioso llamado Tomás, entró con la bandeja del café, su juventud era un insulto a la corrupción que lo rodeaba.

–Padre, viene una visita dicen que es por órdenes del Vaticano.

Debía salir a recibirlos convencido de que estaba acabado, no eran simples curas de aldea; eran lobos con sotana, enviados para despedazar al impostor

–Tomás, –Al fin había aprendido su nombre–, diles que bajo en un momento.

El muchacho obedeció, su timidez una herramienta útil. Mientras servía un poco de whisky, escuché los pasos firmes en el empedrado del patio.

Eran ellos. La muerte vestida de autoridad eclesiástica.

Dos hombres entraron sin llamar, sus rostro serios, sus ojos gaviotas sobre un cadáver.

–Padre Marco, supongo. Soy el Monseñor Vargas y este es el Padre Flores. Hemos venido a investigar ciertas irregularidades.

Vargas, un hombre cuyo rostro parecía tallado en piedra y desconfianza, me observó como si yo fuera una mancha en su sotana impecable. Flores, más joven pero igual de amenazante, recorría la habitación con una mirada que buscaba fallos.

–Monseñor, qué inesperado. Si hubieran avisado, habría preparado una recepción más digna.

–No vinimos por cortesía, Padre. Vinimos por respuestas. Silanes nos envió un informe bastante detallado. Negocios turbios, fondos sin justificar, y la misteriosa desaparición del Padre Ignacio.

Su voz cortaba el aire como una navaja afilada. Cada palabra era un clavo en mi ataúd. Sabía que estaba atrapado, que mi juego había llegado a su fin. Pero aún tenía cartas bajo la manga.

–El Padre Ignacio tuvo que salir urgentemente. Asuntos personales, supongo. Me dejó a cargo temporalmente.

–¿Temporalmente? Hace meses que no se sabe nada de él y usted, Padre, parece haberse adaptado bastante bien a su posición. Demasiado bien si me lo pregunta.

Flores se acercó al escritorio, sus dedos rozando el borde de la madera como si buscara algo oculto. Su mirada se detuvo en el cajón donde guardaba el expediente de mi vida pasada, el que me conectaba con mi identidad real.

–¿Podríamos abrir ese cajón, Padre? Tenemos una orden de registro.

–Por supuesto, Monseñor. Aunque no sé qué esperan encontrar. Solo documentos parroquiales.

Abrí el cajón lentamente, y para mi horror ahí estaba, mi placa de convicto, la que Sofia me había entregado y la tarjeta llave de la prisión.

No tuve tiempo de reaccionar, Flores tomó aquello y lo escaneo con una precisión que me heló hasta los huesos mientras Vargas se mantenía su mirada fija en mí.

–Marco Ceguera. Sentenciado a setenta años por asesinato. Un prófugo de la justicia. ¿Algo que decir, Padre?

Las palabras resonaron en la habitación como una sentencia de muerte. Mi farsa se había desmoronado, y ahora estaba expuesto, vulnerable, a merced de la Iglesia y la ley. El poder que había acumulado se evaporaba, dejándome desnudo y solo.

–No sé de qué me hablan. Debe haber un error.

–No hay error, Marco. –dijo Flores–, Hemos estado trabajando en conjunto con la policía, sabemos que el auto del padre Ignacio es el que esta estacionado, tenemos pruebas, testigo y la grabación de la gasolinera, tu reinado en Santa María de la Sangre de Cristo ha terminado.

Vargas pronuncio entonces la sentencia con una voz fría, casi inhumana.

–Te llevaremos de vuelta a donde perteneces y esta vez, no habrá escapatoria.

La comisión me mantuvo prisionero en la misma iglesia, en lo que llegaba la orden formal convirtiendo mi santuario en mi celda.

Vigilaban cada movimiento, cada conversación, cada mirada. Mis aliados me habían abandonado, temiendo ser arrastrados conmigo en mi caída.

El nuevo sacristán, Tomás, me traía la comida sin mirarme a los ojos, su miedo un perfume familiar en el aire corrupto de mi templo.

–Padre, ¿necesita algo más?

–No. Vete.

Los días pasaron, lentos, tortuosos. Los miembros de la comisión interrogaban a todos, buscando pruebas, testigos, cualquier cosa que pudiera condenarme.

Y mientras tanto, yo planeaba mi escape, mi venganza. Porque aunque todo parecía perdido, sabía que el poder nunca muere. Solo cambia de manos.

Y yo, Marco Ceguera, el falso sacerdote, el verdadero superviviente, estaba dispuesto a todo para recuperar lo que era mío. Todo.

17. Aliados inesperados

El aire en la sacristía se había vuelto espeso, rancio. Mis carceleros, Vargas y Flores, me trataban como a un animal, esperando el momento adecuado para el sacrificio.

Cada noche, encerrado en mi antiguo dormitorio, escuchaba el murmullo de sus conversaciones, el roce de sus sotanas contra el suelo de piedra. El juego había terminado.

La partida estaba perdida. Mi mente, esa maquinaria de supervivencia afilada en la cárcel, daba vueltas en vacío, buscando una rendija que no existía. No había forma de escapar.

Las ventanas estaban selladas, la puerta custodiada. Mi reinado de mentiras se desvanecía como el humo de los inciensos que ya no podía encender.

Fuera, el pueblo vivía una tensión palpable. La comisión eclesiástica había convertido a Santa María de la Sangre en un campamento militar.

Interrogaban a todos, revolvían vidas, sacaban a la luz las sombras que todos preferían mantener ocultas.

El alcalde Villalobos caminaba con el rostro demacrado, el comisario Ramírez evitaba el centro del pueblo, y hasta Ricardo cerraba su tienda antes del anochecer.

El terror que yo había sembrado ahora era cosechado por hombres con más poder y menos sutileza. Me habían abandonado, como sabía que harían.

La lealtad es un lujo que pocos pueden permitirse cuando sus propios cuellos están en juego.

Una tarde, mientras Flores revisaba mis libros de parroquia con una sonrisa de satisfacción, escuché un alboroto afuera.

No eran gritos de angustia, sino de indignación. Me asomé por la pequeña ventana de mi celda y vi algo que no esperaba.

Una multitud se congregaba en la plaza, encabezada por el alcalde y el comisario. No venían a defender a Dios. Venían a defender a su dios falso.

–¡Queremos al Padre Marco! –gritaba Villalobos, con una voz que no usaba desde su última campaña política–. ¡Es un santo, un guía para nuestra comunidad!

El comisario, con su pistola al cinto, asentía con gravedad. Detrás de ellos, Carmela, Dolores, Ricardo, Isabel. Todos mis pecadores confesos, ahora convertidos en un ejército de hipócritas.

Preferían la mentira que los protegía a la verdad que los condenaría. Cada uno de ellos tenía un secreto que yo guardaba bajo llave, y ahora, en un acto de autopreservación, venían a defender al llavero.

Era una obra de teatro macabra, una farsa montada por el miedo. Vargas salió a confrontarlos, su rostro una máscara de furia contenida.

–¡Están locos! ¡Este hombre es un convicto, un asesino! –vociferó, señalando hacia la iglesia.

–¡Mentiras! –respondió Dolores, con una voz que sorprendió por su firmeza–. Es una calumnia para desacreditar a un hombre de fe.

La escena era tan absurda que casi me rio. Estos pecadores, estos cobardes, se habían transformado en mártires de mi causa.

No por lealtad, sino por puro interés. Si mi identidad era revelada, la mierda salpicaría a todos. Sus secretos, sus infidelidades, sus robos, todo saldría a la luz conmigo.

Era una compleja red de corrupción, y yo era la araña que la había tejido. Ahora, la red se contraía para protegerme a mí, su centro.

Vargas y Flores se vieron superados. No podían arrestar a todo un pueblo y la policía no llegaba.

La situación se había vuelto un problema político, no solo eclesiástico. Se retiraron a la iglesia, sus rostros sombríos, planeando su siguiente movimiento.

Esa noche, la atmósfera había cambiado. Ya no era un prisionero esperando el juicio. Era un activo en disputa.

Al día siguiente, llegó un telegrama. No para ellos, sino para mí. Flores me lo lanzó con desprecio, como si fuera una basura.

Lo abrí con manos temblorosas. El sello era del Vaticano, el mensaje era breve, enigmático y absolutamente imposible.

"Se ordena a la comisión investigadora cesar inmediatamente todo procedimiento contra el Padre Marco Ceguera. Se le concede inmunidad diplomática. El asunto es considerado resuelto y de máxima confidencialidad. Firmado, Cardenal Valerius".

Leí el mensaje tres veces. Cuatro. Flores y Vargas me observaban, sus caras pálidas de incredulidad igual que la mía.

¿Qué significaba aquello? Inmunidad diplomática. Máxima confidencialidad. Un cardenal que yo nunca había oído mencionar. Y me llamaban Padre cuando yo ni monaguillo había sido.

–¿Qué clase de broma es esta? –Pregunté.

–No es ninguna broma, –dijo Vargas, con una calma que no sentía–. Parece que Dios, a través de sus representantes en la Tierra, ha decidido que tu trabajo aquí aún no ha terminado.

La noticia se extendió como un reguero de pólvora. La comisión se reunió a puertas cerradas, sus voces agudas llenaban la iglesia.

Discutían, argumentaban, pero la orden era una orden. Venía de mucho más arriba que Silanes, mucho más arriba que ellos. Eran solo peones en un juego que no entendían.

Esa noche, me dejaron solo. La puerta de mi celda estaba entreabierta. Salí y caminé por la nave oscura de la iglesia, mi santuario y mi prisión.

No entendía nada. ¿Quién era Valerius? ¿Por qué alguien con tanto poder intervendría por mí, un convicto asesino? No tenía aliados, solo deudores y víctimas.

Al día siguiente, la comisión se fue. Partieron con el rostro entre sombras, sin mirarme atrás, derrotados por una fuerza que no podían comprender.

El pueblo celebraba mi "liberación" con misas y rezos, una fiesta de la hipocresía. El alcalde se acercó a mí, con una sonrisa servil.

–Padre, sabíamos que su fe era genuina. El Señor lo ha protegido.

Lo miré a los ojos, viendo el miedo y el alivio mezclados en su alma corrupta.

–No, alcalde. No fue el Señor. Fue el poder. El único dios real en este mundo.

Me retiré al despacho, mi mente en caos. Necesitaba respuestas. Esa noche, mientras el pueblo celebraba, un coche negro y sin placas se detuvo frente a la iglesia.

Un hombre descendió, vestido con un traje impecable que parecía absorber la luz. No era sacerdote, no era policía. Era algo mucho más peligroso.

–Padre Marco, –dijo, su voz era suave, pero cortante como el cristal roto–. Tengo un mensaje del Cardenal Valerius.

Me senté tras mi escritorio, fingiendo una tranquilidad que no poseía.

–Yo estoy a su disposición.

El hombre se sentó frente a mí, sus ojos eran dos pozos oscuros sin fondo.

–El Cardenal tiene ciertos intereses en esta región. Negocios que requieren estabilidad. Su... "trabajo" aquí, aunque no convencional, ha mantenido a la gente en su lugar. Ha sido útil.

–¿Útil? –repetí, asimilando la información–. ¿Así que todo esto se debe a que soy "útil"?

–A caso no sabe que paso con su predecesor.

Mi rostro palideció en una mueca de incertidumbre

–Vera, cuando Monseñor Silanes nombro al padre Ignacio, lo hizo para investigar, él era un inconveniente para nosotros. Usted trajo la solución. Continúe con su... "ministerio". Pero sepa que ahora trabaja para nosotros. Cualquier desviación, y la orden de inmunidad será revocada.

Asentí, comprendiendo la nueva jaula que se había construido a mi alrededor. Había escapado de la prisión del Estado solo para entrar en la prisión del Vaticano.

–Entendido.

El hombre se levantó y se fue, dejándome solo con mis pensamientos. El poder se había manifestado de la forma más inesperada. No era un aliado, era un amo.

Y yo, su perro guardián en este pueblo de pecadores. La farsa continuaría, pero ahora bajo el auspicio de una corrupción mucho más grande, más antigua y más letal.

Santa María de la Sangre de Cristo ya no solo era mi reino. Era un territorio en un imperio invisible y yo, su tirano con una corona de espinas.

Me quedé sentado en el silencio del despacho, el olor a madera vieja y a brandy barato llenando mis pulmones.

El sabor de la victoria era amargo, como la ceniza de un cigarro mal apagado. No había ganado, simplemente había sido canjeado por un amo más poderoso.

El cardenal Valerius, un nombre que sonaba a veneno y a incienso, me había extendido la mano solo para colocarme una correa al cuello.

Mi libertad y mi poder eran una ilusión.

La puerta se abrió de golpe. Era Sofía. Sus ojos brillaban con una mezcla de furia y alivio, su pecho subía y bajaba con la fuerza de su respiración. Había estado en la multitud, gritando por mi libertad. Una de mis fieles hipócritas.

–¿Qué ha pasado, Marco? ¿Quién era ese hombre? ¿Qué te han hecho?

Se acercó a mí, su perfume a gardenias mezclándose con el olor a corrupción de la habitación. Quería respuestas, como siempre. Pero las respuestas que tenía ahora eran más peligrosas que las mentiras que contaba antes.

–Nada –dije, con una sonrisa que no llegó a mis ojos–. Solo quería confesión, le dije que volviera mas tarde, ahorita no estoy de servicio.

La observé, viendo cómo su mente procesaba mis palabras. No era tonta. Sabía que algo había cambiado, que el equilibrio de poder se había alterado de una forma que no comprendía.

–¿Qué significa eso? ¿Estás a salvo?

–Estoy protegido. Pero no soy libre. Nunca lo estuve, ¿verdad? Tú y yo, siempre hemos sido prisioneros. Solo que la celda es más grande ahora.

La tomé de la mano, sintiendo el temblor en su piel. Su miedo me excitaba, su dependencia me daba el poder que necesitaba para enfrentar mi nueva realidad.

–Mientras seamos útiles, Sofía. –Dije–. Mientras sirvamos al propósito de nuestro "Dios". Esta iglesia, este pueblo nos pertenece.

Ella se apartó con su rostro reflejando el horror de la comprensión. Había soñado con escapar conmigo, con empezar una nueva vida lejos de esta farsa. Pero ahora la farsa era más grande, más abarcadora, más imposible de escapar.

–Entonces no hay salida –murmuró, su voz llena de desesperación–. Estamos atrapados para siempre.

–La salida siempre existe, Sofía –dije, acercándome a ella, mi voz baja y peligrosa–. Pero tiene un precio y cada día, ese precio es más alto.

La besé, no con pasión, sino con posesión. Le recordaba quién mandaba aquí, incluso bajo la sombra de un cardenal.

Ella me correspondió, su cuerpo respondiendo a mi dominio como siempre lo había hecho. En medio de la ruina, en medio de la traición, nuestro vínculo se fortalecía, retorcido y oscuro como las raíces de un árbol envenenado.

La dejé, saliendo de la iglesia para enfrentar a mi nuevo reino. La plaza estaba llena de gente, todos celebrando mi "milagrosa" liberación.

El alcalde me ofreció una fiesta, el comisario me ofreció su lealtad eterna, Dolores rezaba por mí como si fuera un santo.

El circo estaba en pleno apogeo, y yo, el payaso con sangre en las manos, sonreía desde el centro del escenario.

Hice un discurso, lleno de palabras vacías sobre la fe, la redención y la voluntad de Dios. Mientras hablaba, escaneaba los rostros de la multitud, viendo el miedo y el alivio en sus ojos.

Sabían que yo era su protector, el guardián de sus secretos. Y ahora, con el respaldo del Vaticano, mi poder era absoluto, irrompible.

La fiesta duró toda la noche. Comí, bebí y acepté las adulaciones de mis súbditos. Pero mi mente estaba en otro lugar, planeando, calculando.

Sabía que mi nueva posición era frágil, que dependía de mi utilidad para un hombre al que nunca había visto. Tenía que consolidar mi poder, asegurarme de que el pueblo fuera un activo valioso para el cardenal Valerius.

Mientras el alcalde me servía otro trago, vi a Carmela en una esquina, sus ojos fijos en mí. Sabía que ella era la clave, la sirvienta con un pasado turbio que conocía todos los secretos del pueblo. Me acerqué a ella, mi voz suave y conspirativa.

–Carmela, necesito tu ayuda. Hay un nuevo orden en Santa María de la Sangre, y quiero que seas mi mano derecha en este nuevo proyecto.

Ella me miró, sorprendida por mi oferta. Sus ojos se llenaron de ambición, de un deseo de poder que había mantenido oculto durante años.

–Haré lo que sea necesario, Padre –respondió, su voz firme y decidida.

–No me llames Padre más –dije, con una sonrisa sardónica–. A partir de ahora, soy Marco. Y tú, mi confidente, mi espía. La persona que me dirá todo lo que pasa en este pueblo, todo lo que la gente dice, todo lo que temen.

Asintió, sus ojos brillando con una nueva luz. Había encontrado a mi aliada, mi herramienta para mantener el control. Con ella a mi lado, podría construir un imperio basado en el miedo y el chantaje, un imperio que serviría a mis nuevos amos.

La noche terminó, pero mi trabajo apenas comenzaba. Regresé a la iglesia, ahora vacía y silenciosa.

Me arrodillé ante el altar, no para rezar, sino para planear. Sabía que el camino sería difícil, que tendría que tomar decisiones difíciles, que tendría que ser más cruel, más despiadado que nunca.

Pero estaba listo. Porque en el fondo, sabía que esta era mi verdadera vocación. No ser un sacerdote, no ser un amante. Ser un tirano.

Un hombre que controlaba vidas, que movía hilos invisibles desde las sombras y esta vez, el juego había cambiado, pero el jugador seguía siendo el mismo y yo, Marco Ceguera, siempre ganaba. Siempre.

Epílogo. El Nuevo Confesionario

Los años se deslizaron sobre Santa María de la Sangre de Cristo como una capa de barniz oscuro, brillante y engañoso.

El pueblo prosperaba, las calles estaban empedradas, las fachadas pintadas, pero la belleza era una fachada que ocultaba la podredumbre de sus cimientos.

Yo, Marco Ceguera, el falso sacerdote, me había convertido en el arquitecto de esa belleza, en el amo invisible de esa decadencia.

Mi confesionario ya no era un lugar de arrepentimiento, sino el centro neurálgico de mi imperio, un tribunal donde los secretos eran moneda y el miedo, la ley.

Cada tarde, me sentaba en la penumbra, escuchando las susurrantes confesiones de mis feligreses.

El alcalde Villalobos me informaba de sus últimos sobornos, el comisario Ramírez detallaba sus extorsiones, Ricardo confesaba sus nuevas conquistas.

Cada palabra era un hilo que tiraba, un control que reforzaba. Había construido un orden perfecto, una simbiosis de corrupción donde todos dependían de mí para proteger sus miserias. Era el guardián de sus pecados, el carcelero de sus almas.

Sofía se había convertido en mi reina, mi cómplice perfecta. Ya no era la joven rebelde con deseos reprimidos, sino una mujer fría, calculadora, que disfrutaba del poder tanto como yo.

Caminaba por el pueblo con una elegancia feroz, sus ojos escaneando a todos, evaluando, juzgando. Su belleza era una arma, y yo le había enseñado a usarla.

Dormíamos en la misma cama, pero nuestros cuerpos ya no solo se encontraban en la pasión, sino en la complicidad, en el silencio cómplice de dos seres que compartían el mismo infierno y lo consideraban su paraíso.

Una tarde, mientras el sol se ponía sobre las montañas, escuché un llanto familiar en el confesionario. Era Dolores, la viuda pía, cuya obsesión sexual había sido mi primera fuente de poder.

–Padre, he pecado –susurró, su voz temblorosa–. He deseado a un hombre que no debo. He pensado en él mientras rezo.

–¿Y quién es ese hombre, Dolores? –pregunté, mi voz un murmullo tranquilizador.

–Es... es el niño. El hijo de Sofía. Marco. Me mira con esos ojos y siento... siento cosas que no debería.

Contuve el aliento. Marco. El nombre que resonaba en el pueblo como una bendición, pero que para nosotros era una maldición sagrada. El niño tenía cinco años, con los ojos oscuros de su madre y la mirada intensa, calculadora, de su verdadero padre. Un secreto que guardábamos como el más preciado tesoro.

–Es solo un niño, Dolores –dije, mi voz firme pero amable–. Es el diablo el que pone esos pensamientos en tu cabeza. Reza. Arrepiéntete y el Señor te perdonará.

Salí del confesionario y me encontré con Sofía en la nave central de la iglesia. Me miró con una sonrisa sardónica, sabiendo lo que

acababa de escuchar.

–Parece que nuestro hijo ya está causando estragos, –dijo con voz baja y divertida–. Tiene tu talento para la manipulación, y ni siquiera sabe hablar bien.

–Es un Ceguera, ¿qué esperabas? –respondí, acercándome a ella–. Nació para mandar, para poseer. Como su padre.

La tomé de la mano y la llevé hacia el altar, el lugar más sagrado y profano de mi reino. Allí, bajo la mirada de un Cristo crucificado que había visto de todo, nos detuvimos. Afuera, el pueblo vivía su vida de mentiras, adentro, nosotros éramos los únicos dueños de la verdad.

–A veces me pregunto qué habría pasado si todo esto no hubiera ocurrido –dijo Sofía con voz suave, reflexiva–. Si hubiéramos escapado, si hubiéramos vivido una vida normal.

–No hay una vida normal para nosotros, Sofía –respondí, mirándola a los ojos–. Nacimos para esto. Para la oscuridad, para el poder. Esta es nuestra vida, y es mucho mejor que cualquier "normalidad" que podríamos haber tenido.

La besé, un beso lento, profundo, lleno de los años de mentiras, de traiciones, de poder. Su cuerpo respondía al mío, una danza familiar que nos conectaba más allá de las palabras.

–¿Lo ves? –siseé contra sus labios–. Esto es real. Esto es nuestro. El pueblo, el poder, el niño. Todo es nuestro.

Nos separamos, y en ese momento, el niño, nuestro pequeño Marco, entró en la iglesia. Corrió hacia nosotros, su risa llenando el silencio

sagrado. Se abrazó a las piernas de su madre, mirándome con esos ojos que eran un espejo de mi alma.

El pueblo fingía creer que era hijo del difunto Mateo. Pero nosotros sabíamos la verdad. Era un juego, una farsa más en el teatro de nuestra vida. Me agaché y lo tomé en brazos, sintiendo el peso de nuestro secreto, de nuestro futuro.

Mientras sostenía a mi hijo, mi heredero, reflexionaba sobre mi viaje. Había escapado de una prisión de piedra y barrotes para construir una mucho más sofisticada, una jaula invisible hecha de secretos, lealtades y miedo.

Una prisión que no solo me contenía a mí, sino a todo un pueblo. Y era hermosa, placentera, absolutamente mía.

El confesionario se había convertido en mi trono, y Santa María de la Sangre, mi reino. Y yo, Marco Ceguera, el asesino, el sacerdote falso, el padre, el tirano, finalmente había encontrado mi lugar en el mundo.

No en el cielo, no en el infierno, sino en el purgatorio que había creado con mis propias manos, un purgatorio del que nunca, nunca, querría escapar.